GBH GOLDEN BOOK HOTELS 2016



Quien ha tenido el placer de vivir unas vacaciones en la agradable compañía de un buen libro, conoce la maravillosa magia de perderse entre los confines de la experiencia vivida en primera persona y aquélla que imaginamos gracias a la lectura.

Recordar las vacaciones, en estos casos, quiere decir automáticamente, trasladar la mente al libro que le ha dado un alma. De hecho, una lectura fascinante llena de sabiduría nos hace más sensibles, reflexivos y dispuestos a saborear hasta el fondo cada detalle de nuestra permanencia fuera de casa: el viaje, de este modo, se transforma en un viaje interior.

Golden Book Hotels agrupa un seleccionado grupo de haciendas turísticas que han decidido ligar su imagen al gesto elegante de regalar un libro a sus propios huéspedes. Se trata de hoteles y casas rurales que comparten el principio del Turismo como Cultura; cuyo trato peculiar es expresión de su sentido de hospitalidad.

www.goldenbookhotels.it







Cervantes	
La tía fingida ~ 5	
BOSCH	
SHAKESPEARE	
de Los Sonetos ~ 41	
COMENCINI	
Boccioni	
Boccioni Satie	

Alcalá de Henares, 1547 - Madrid, 1616

Miguel de Cervantes Saavedra nació el 29 de setiembre de 1547. Fue el cuarto de los siete hijos de un modesto cirujano, Rodrigo de Cervantes, y de Leonor Cortinas. En 1551 se instaló con su familia en Valladolid y en 1566 en Madrid. Aquí asistió al Estudio de la Villa que regentaba el catedrático de gramática Juan López de Hoyos. A los dieciocho años tuvo que huir a Italia porque había herido a un hombre; allí entró al servicio del cardenal Acquaviva. Poco después se alistó como soldado y participó heroicamente en la batalla de Lepanto, en 1571; donde fue herido en el pecho y en la mano izquierda, que le quedó anquilosada. Cuando regresaba a España fue tomado rehén por los turcos. Cinco años estuvo prisionero, hasta que en 1580 pudo ser liberado gracias al rescate que aportó su familia y los padres trinitarios. Durante su cautiverio, Cervantes intentó fugarse varias veces, pero nunca lo logró.

Al quedar libre regresó a Madrid; en 1584 se casó y escribió su primera novela, La Galatea (1585). Después trabajó como recaudador de impuestos en Sevilla, pero en 1597 fue encarcelado acusado de complicidad en un fraude bancario. En 1600 se instaló en Valladolid, donde terminó de escribir la primera parte de su gran obra El ingenioso hidalgo Quijote de la Mancha, que fue publicada en 1605. En 1613 publicó su colección de cuentos titulada Novelas ejemplares. La gran aceptación del Quijote hizo que publicara su segunda parte en 1615. Establecido en Madrid, cayó gravemente enfermo y falleció el 22 de abril de 1616, pero fue enterrado el 23 de abril y popularmente se conoce esta fecha como la de su muerte.

La tía fingida

DE NOVELAS EJEMPLARES (1613)

Pasando por cierta calle de Salamanca dos estudiantes mancebos y manchegos, más amigos del baldeo y rodancho que Bártulo y Baldo, vieron en una ventana de una casa y tienda de came una celosía, y pareciéndoles novedad, porque la gente de la tal casa, si no se descubila y apregonaba, no se vendía, y queriéndose informar del caso, deparóles su diligencia un oficial vecino, pared en medio, el cual les dijo:

-Señores, habrá ocho días, que vive en esta casa una señora forastera, medio beata y de mucha autoridad. Tiene consigo una doncella de estremado parecer y brío, que dicen ser su sobrina. Sale con un escudero y dos dueñas, y según he juzgado es gente honrada y de gran recogimiento: hasta ahora no he visto entrar persona alguna de esta ciudad, ni de otra a visitallas, ni sabré decir de cuál vinieron a Salamanca. Mas lo que sé es que la moza es hermosa y honesta, y que el fausto y autoridad de la tía no es de gente pobre.

La relación que dio el vecino oficial a los estudiantes,

le puso codicia de dar cima a aquella aventura; porque siendo pláticos en la ciudad, y deshollinadores de cuantas ventanas tenían albahacas con tocas, en toda ella no sabían que tal tía y sobrina hubiesen cursantes en su Universidad, principalmente que viniesen a vivir a semejante casa, en la cual, por ser de buen peaje, siempre se había vendido tinta, aunque no de la fina: que hay casas, así en Salamanca como en otras ciudades, que llevan de suelo vivir siempre en ellas mugeres cortesanas, y por otro nombre trabajadoras o enamoradas.

Eran ya cuasi las doce del día, y la dicha casa estaba cerrada por fuera, de lo cual coligieron, o que no comían en ella sus moradoras, o que vendrían con brevedad; y no les salió yana su presunción, porque a poco rato vieron venir una reverenda matrona, con unas tocas blancas como la nieve, más largas que una sobrepelliz de un canónigo portugués, plegadas sobre la frente, con su ventosa y con un gran rosario al cuello de cuentas sonadoras, tan gordas como las de Santenuflo, que a la cintura la llegaba: manto de seda y lana, guantes blancos y nuevos sin vuelta, y un báculo o junco de las Indias con su remate de plata en la mano derecha, y de la izquierda la traía un escudero de los del tiemPo del Conde Fernán González, con su sayo de velludo, ya sin vello, su martingala de escarlata, sus borceguíes bejaranos, capa de fajas, gorra de Milán, con su bonete de ahuja, porque era enfermo de vaguidos, y sus guantes peludos, con su tahalí y espada navarrisca. Delante venía su sobrina, moza, al parecer, de diez y ocho años, de rostro mesurado y grave, más aguileño que redondo: los ojos negros rasgados, y al descuido adorme-

cidos, cejas tiradas y bien compuestas, pestañas negras, y encamada la color del rostro: los cabellos plateados y crespos por artificio, según se descubrían por las sienes: saya de buriel fino, ropa justa de contray o frisado, los chapines de terciopelo negro con sus claveles y rapacejos de plata bruñida, guantes olorosos, y no de polvillo sino de ámbar. El ademán era grave, el mirar honesto, el paso ayroso y de garza. Mirada en partes parecía mui bien, y en el todo mucho mejor; y aunque la condición e inclinación de los dos manchegos era la misma, que es la de los cuerbos nuevos, que a cualquier carne se abaten, vista la de la nueva garza, se abatieron a ella con todos sus cinco sentidos, quedando suspensos y enamorados de tal donaire y belleza: que esta prerrogativa tiene la hermosura, aunque sea cubierta de sayal. Venían detrás dos dueñas de honor, vestidas a la traza del escudero. Con todo este estruendo llegó esta buena señora a su casa, y abriendo el buen escudero la puerta, se entraron en ella; bien es verdad que al entrar, los dos estudiantes derribaron sus bonetes con un extraordinario modo de crianza y respeto, mezclado con afición, plegando sus rodillas e inclinando sus ojos, como si fueran los más benditos y corteses hombres del mundo. Atrancáronse las señoras, quedáronse los señores en la calle, pensatibos y medio enamorados, dando y tomando brevemente en qué hacer debían, crevendo sin duda, que pues aquella gente era forastera, no habrían venido a Salamanca a aprender leyes, sino para quebrantarlas. Acordaron, pues, de darle una música la noche siguiente; que este es el primer servicio que a sus damas hacen los estudiantes pobres.

Fuéronse luego a dar fin y quito a su pobreza, que era una tenue porción, y comidos que fueron y no de penos convocaron a sus amigos, juntaron guitarras e instrumentos, previnieron músicos, y fuéronse a un poeta de los que sobran en aquella ciudad, al cual rogaron que sobre el nombre de Esperanza -que así se llamaba la de sus vidas, pues ya por tal la tenían- fuese servido de componerles alguna letra para cantar aquella noche; mas que en todo caso incluyese la composición el nombre de Esperanza. Encargóse de este cuidado el poeta, y en poco rato, mordiéndose los labios y las uñas, y rascándose las sienes y frente, forjó un soneto, como lo pudiera hacer un cardador o peraile. Diósele a los amantes, contentóles, y acordaron que el mismo autor se lo fuese diciendo a los músicos, porque no había lugar de tomallo de memoria. Llegóse en esto la noche, y en la hora acomodada para la solemne fiesta, juntáronse nueve matantes de la Mancha, que sacaron cualquiera de una taza malagan por sorda que fuese, y cuatro músicos de voz y guitarra, un salterio, una arpa, una bandurria, dos cencerros, y una gaita zamorana, treinta broqueles y otras tantas cotas, todo repartido entre una grande tropa de paniaguados, o por mejor decir, pan y vinagres. Con toda esta procesión y estruendo llegaron a la calle y casa de la señora, y en entrando por ella sonaron los crueles cencerros con tal ruido, que puesto que la noche había ya pasado el filo, y aun el corte de la quietud, y todos sus vecinos y moradores de ella estaban de dos dormidas, como gusanos de seda, no fue posible dormir más sueño, ni quedó persona en toda la vecindad, que no dispertase y a las ventanas se

pusiese. Sonó luego la gaita las gambetas, y acabó con el esturdión, ya debajo de la ventana de la dama. Luego al son de la harpa, dictándolo el poeta su artífice, cantó el soneto un músico de los que no se hacen de rogar, en voz acordada y suave, el cual decía de esta manera:

Esperanza de vida y de tesoro, pues no la tiene aquel que no la alcanza. Si yo la alcanzo, tal será mii andanza, que no emthidie al francés, al indio, al moro; por tanto, tu fabor gallardo imploro, Cupido, Dios de toda dulce holganza. Que aunque es esta Esperanza tan pequeña, que apenas tiene años diez y nueve, será quien la alcanzare un gran gigante. Crezca el incendio, añádase la leña, jo Esperanza gentil! ¿y quién se atreve a no ser en serviros vigilante?

Apenas se había acabado de cantar este descomulgado soneto, cuando un vellacón de los circunstantes, graduado in utroque jure, dijo a otro que al lado tenía, con voz lebantada y sonora:

-¡Voto a tal, que no he oído mejor estrambote, en todos los días de mi vida! ¿Ha visto Vmd. aquel concordar de versos, y aquella invocación de Cupido, y aquel jugar del vocablo con el nombre de la dama, y aquel imploro tan bien encajado, y los años de la niña tan engeridos, con aquella comparación, tan bien contrapuesta y traída, de pequeña a gigante? Pues ya, la maldición o impreca-

ción me digan, con aquel admirable y sonoro vocablo de incendio.., juro a tal, que si conociera al poeta que tal soneto compuso, que le había de inviar mañana media docena de chorizos que me trajo esta semana el recuero de mi tierra.

Por sola la palabra chorizos, se persuadieron los oyentes ser el que las alabanzas decía estremeño sin duda, y no se engañaron, porque se supo después que era de un lugar de Estremadura, que está junto a Xaraicejo; y de allí adelante quedó en opinión de todos por hombre docto y versado en la arte poética, sólo por haberle oído desmenuzar tan en particular el cantado y encantado soneto.

Atodo lo cual se estaban las ventanas de la casa cerradas, como su madre las parió, de lo que no poco se deseperaban los dos desesperados, y esperantes manchegos; pero, con todo eso, al son de las guitarras segundaron a tres voces con el siguiente romance, así mismo hecho a posta y por la posta para el propósito:

Salid Esperanza mía,
A faborecer el alma,
que sin vos agonizando,
casi el cuerpo desampara.
Las nubes del temor frío
no cubran vuestra luz clara;
que es mengua de vuestros soles
no rendir quien los contrasta.
En el mar de mis enojos
tened tranquilas las aguas,

si no quereis que el deseo dé al través con la Esperanza. Por vos espero la vida, quando la muerte me mata, y la gloria en el infierno, y en el desamor la gracia.

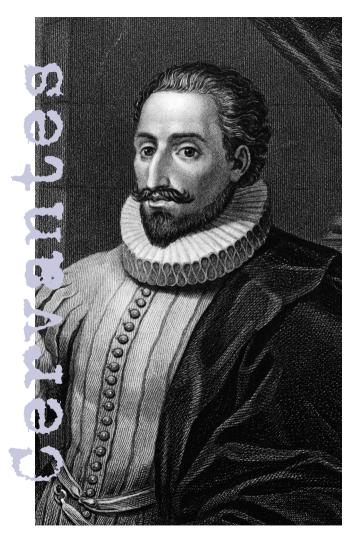
A este punto llegaban los músicos con el romance, cuando sintieron abrir la ventana, y ponerse a ella una de las dueñas, que aquel día habían visto, la cual les dijo, con una voz afilada y pulida:

-Señores, mi Señora Doña Claudia de Astudillo y Quiñones, suplica a vuesas mercedes la reciba su merced tan señalada, que se vayan a otra parte a dar esa música, por escusar el escándalo y mal ejemplo que se da a la vecindad, respecto de tener en su casa una sobrina doncella, que es mi Señora Doña Esperanza de Torralba, Meneses y Pacheco, y no le está bien a su profesión y estado que semejantes cosas se hagan a su puerta; que de otra suerte, y por otro estilo, y con menos escándalo, la podrá recibir de vuesas mercedes.-

A lo cual respondió uno de los pretendientes:

-Hacedme regalo y merced, señora dueña, de decir a mi Señora Doña Esperanza de Torralba, Meneses y Pacheco, que se ponga a esa ventana, que la quiero decir solas dos palabras, que son de su manifiesta utilidad y servicio.

-Huy, huy-, dijo la dueña, -en eso por cierto está mi Señora Doña Esperanza de Torralba, Meneses y Pacheco. Sepa, Señor mío, que no es de las que piensa, porque es mi Señora mui principal, mui honesta, mui recogida,



mui discreta, mui graciosa, mui música, y mui leída y escribida, y no hará lo que Vmd. le suplica, aunque la cubriesen de perlas.-

Estando en este deporte y conversación con la repulgada dueña del huy y las perlas, venía por la calle gran tropel de gente, y crevendo los músicos y acompañados que era la Justicia de la ciudad, se hicieron todos una rueda, y recogieron en medio del escuadrón el bagage de los músicos; y como llegase la Justicia, comenzaron a repicar los broqueles y crugir las mallas, a cuyo son no quiso la Justicia danzar la danza de espadas de los hortelanos de la fiesta del Corpus de Sevilla, sino pasó adelante, por no parecer a sus ministros, corchetes y porquerones aquella feria de ganancia. Quedaron ufanos los brabos, y quisieron proseguir su comenzada música; mas uno de los dos dueños de la máquina, no quiso se prosiguiera si la Señora Doña Esperanza no se asomara a la ventana, a la cual ni aun la dueña se asomó, por más que volvieron allamar; de lo cual enfadados y corridos todos, quisieron apedrealle la casa, y quebralle la celosía, y darle una matraca o cantaleta: condición propia de mozos en casos semejantes. Mas aunque enojados, volvieron a hacer la refacción y deshecha de la música, con algunos villancicos. Volvió a sonar la gaita, y el enfadoso y brutal son de los cencerros, con el cual mido acabaron su música. Cuasi al alba sería, cuando el escuadrón se deshizo; mas no se deshizo el enojo que los manchegos tenían viendo lo poco que había aprovechado su música, con el cual se fueron a casa de cierto caballero amigo suyo, de los que llaman generosos en Salamanca y se asientan

en cabeza de banco: el cual era mozo, rico, gastador, músico, enamorado, y sobre todo amigo de valientes; al cual le contaron mui por estenso su suceso sobre la belleza, donaire, brío, gracia de la doncella: atendió el cual a la belleza y hermosura, al donaire, brío y gracia con que se la describieron, juntamente con la gravedad v fausto de la tía, y el poco o ningún remedio ni esperanza que tenían de gozar la doncella, pues el de la música, que era el primero y postrero servicio que ellos podían hacerla, no les había aprovechado ni servido de más de indignarla con el disfame de su vecindad. El caballero, pues, que era de los del campo través, no tardó mucho en ofrecerles que él la conquistaría para ellos, costase lo que costase; y luego aquel mismo día embió un recaudo, tan largo como comedido, a la Señora Doña Claudia, ofreciendo a su servicio la persona, la vida, la hacienda y su fabor. Informóse del page la astuta Claudia de la calidad y condiciones de su Señor, de su renta, de su inclinación, y de sus entretenimientos y egercicios, como si le hubiera de tomar por verdadero yerno; y el page diciéndole verdad le retrató de suerte, que ella quedó medianamente satisfecha, y embió con él la dueña del huy u del hondo valle, que dice el libro de caballerías, con la respuesta no menos larga y comedida que había sido la embajada. Entró la dueña, recibióla el caballero cortésmente; sentóla junto de sí en una silla, y quitóle el manto de la cabeza, y diole un lenzuelo de encajes con que se quitase el sudor, que venía algo fatigadilla del camino: y antes que le digese palabra del recaudo que traía, hizo que le sacasen una caja de mermelada, y él por

su mano le cortó dos bueñas postas de ella, haciéndole enjugar los dientes con dos docenas de tragos de vino del Santo, con lo cual quedó hecha una amapola, y más contenta que si la hubieran dado una Canongía.

Propuso luego su embajada, con sus torcidos, acostumbrados y repulgados vocablos, y concluyó con una mui formada mentira, cual fue, que su Señora Doña Esperanza de Torralba, Meneses y Pacheco estaba tan pulcela como su madre la parió -que si dijera como la madre que la parió no fuera tan grande- mas que con todo eso, para su merced, que no habría puerta de su Señora cerrada. Respondióla el caballero que todo cuanto le había dicho del merecimiento, valor y hermosura, honestidad, recogimiento y principalidad -por hablar a su modo- de su ama lo creía; pero aquello del pulcelazgo se le hacía algo durillo; por lo cual le rogaba, que en este punto le declarase la verdad de lo que sabía, y que le juraba a fe de caballero, si lo desengañaba, darle un manto de seda de los de cinco en púa. No fué menester conesta promesa dar otra vuelta al cordel del mego, ni atezarlelos garrotes para que la melindrosa dueña confesase la verdad, la cual era, por el paso en que estaba y por el de la horade su postrimería, que su Señora Doña Esperanza de Torralba, Meneses y Pacheco estaba de tres mercados, o por mejor decir de tres ventas; añadiendo el cuánto, el con quién ya dónde, con otras mil circunstancias con que quedó don Félix que así se llamaba el caballero satisfecho de todo cuanto saber quería, y acabó con ella, que aquella misma noche lo encerrase en casa, donde y cuando quería hablar a solas con la Esperanza sin que lo supiese la tía.

Despidióla con buenas palabras y ofrecimientos, que llevase a sus amas, y dióle en dinero cuanto pudiese costar el negro manto. Tomóla orden que tendría para entrar aquella noche en casa, con lo cual la dueña se fue, loca de contento, y él quedó pensando en su ida y aguardando la noche, que le parecía se tardaba mil años, según deseaba verse con aquellas compuestas fantasmas. Llegó el plazo, que ninguno hay que no llegue, y hecho un San Jorge, sin amigo ni criado, se fue Don Félix, donde halló que la dueña lo esperaba, y abriéndole la puerta lo entró en casa con mucho tino y silencio y puso en el aposento de su Señora Esperanza tras las cortinas de su cama, encargándole no hiciese algún mido, porque ya la Señora Doña Esperanza sabía que estaba allí, y quei sin que su tía lo supiese, a persuasión suya quería darle todo contento; y apretándole la mano en señal de palabra que así lo haría, se salió la dueña, y D. Félix se quedó tras la cama de su Esperanza, esperando en qué había de parar aquel embuste o enredo.

Serían las nueve de la noche, cuando entró a esconderse D. Félix, y, en una sala conjunta a este aposento, estaba la tía sentada en una silla baja de espaldas, y la sobrina en un estrado frontero, y en medio un gran brasero de lumbre: la casa puesta ya en silencio, el escudero acostado, la otra dueña retirada y adormida; sola la sabedora del negocio estaba en pie y solicitando que su Señora la vieja se acostase, afirmando que las nueve que el relox había dado eran las diez, mui deseosa que sus conciertos viniesen a efecto, según su Señora la moza y ella lo tenían ordenado, cuales eran que, sin que la

Claudia lo supiese, todo aquello cuanto con que Don Félix cavese y pechase fuese para ellas solas, sin que la vieja tubiese que ver ni haber de ello; la cual era tan mezquina y avara, y tan señora de lo que la sobrina ganaba y adquiría, que jamás le daba un solo real para comprar lo que extraordinariamente hubiese menester, pensando si salle este contribuyente de los muchos que esperaba tener, andando los días. Pero aunque sabía la dicha Esperanza que Don Félix estaba en casa, no sabía la parte secreta donde estaba escondido. Convidada, pues, del mucho silencio de la noche y de la comodidad del tiempo, dióle gana de hablar a Doña Claudia, y así en medio tono comenzó a decir a la sobrina en esta guisa: -Muchas veces te he dicho, Esperanza mía, que no se te pasen de la memoria los consejos, los documentos y advertencias que te he dado siempre: los cuales, si los guardas como debes y me has prometido, te servirán de tanta utilidad y provecho, cuanto la mesma esperiencia y tiempo, que es maestro de todas las cosas, y aun descubridor, te lo darán a entender. No pienses que estamos aquí en Plasencia, de donde eres natural, ni en Zamora, donde comenzaste a saber qué cosa es mundo y carne ni menos estamos en Toro, donde diste el tercer esquilmo de tu fertilidad, las cuales tierras son habitadas de gente buena y llana, sin malicia ni recelo, y no tan intrincada ni versada en bellaquerías y diabluras como en la que hoy estamos. Advierte, hija mía, que estás en Salamanca, que es llamada en todo el mundo madre de las ciencias, archivo de las habilidades, tesorera de los bueno s ingenios, y que de ordinario cursan en ella y habitan diez o

doce mil estudiantes, gente moza, antojadiza, arrojada, libre, liberal, aficionada, gastadora, discreta, diabólica y de humor. Esto es en lo general, pero en lo particular, como todos, por la mayor parte, son forasteros y de diferentes partes y provincias, no todos tienen unas mesmas condiciones; porque los vizcaínos, aunque son pocos como las golondrinas cuando vienen, es gente corta de razones, pero si se pican de una muger son largos de bolsa, y como no conocen los metales, así gastan en su servicio y sustento la plata, como si fuese hierro de lo mucho que su tierra produce. Los manchegos es gente avalentonada, de los de Cristo me lleve, y llevan ellos el amor a mogicones. Hay también aquí una masa de aragoneses, valencianos y catalanes; tenlos por gente pulida, olorosa, bien criada y mejor aderezada, mas no los pidas más, y si más quieres saber, sábete, hija, que no saben de burlas, porque son, cuando se enojan con una muger, algo crueles y no de mui buenos hígados.-Los castellanos nuevos, tenlos por nobles de pensamientos y que si tienen dan, y por lo menos si no dan no piden. Los estremeños, tienen de todo como boticarios, y son como la alquimia, que si llega a plata, lo es y si al cobre, cobre se queda. Para los andaluces, hija, hay necesidad de tener quince sentidos, no cinco, porque son agudos y perspicaces de ingenio, astutos, sagaces, y no nada miserables; esto y más tienen si son cordobeses. Los gallegos no se colocan en predicamento, porque no son alguien. Los asturianos son buenos para el sábado, porque siempre traen a casa grosura y mugre. Pues ya los portugueses, es cosa larga de describirte y pintarte

sus condiciones y propiedades, porque, como son gente enjuta de celebro, cada loco con su tema; mas la de todos por la mayor parte, es que puedes hacer cuenta que el mismo amor vive en ellos envuelto en laceria.

Mira, pues, Esperanza, con qué variedad de gentes has de tratar, si será necesario, habiéndote de engolfar en un mar de tantos bajíos e inconvenientes, te señale yo y enseñe un norte y estrella por donde te guíes y rijas, porque no dé al trabés el navío de nuestra intención y pretensa que es pelallos y disfrutallos a todos; y echemos al agua la mercadería 84 Miguel de Cervantesde mi nave, que es tu gentil y gallardo cuerpo, tan dotado de gracia, donaire y garabato para cuantos de él toma codicia.

Advierte, niña, que no hay maestro en toda esta Universidad, por famoso que sea, que sepa tan bien leer en su facultad, como yo sé y puedo enseñarte en esta arte mundanal que profesamos; pues así por los muchos años que he vivido en ella y por ella, y por las muchas esperiencias que he hecho, puedo ser jubilada en ella: y aunque lo que agora te quiero decir, es parte del todo que otras muchas veces te he dicho, con todo eso quiero que me estés atenta y me des grato oído, porque no todas veces lleva el marinero tendidas las velas de su navío, ni todas las lleva cogidas, porque según es el viento tal el tiento. Estaba a todo lo dicho, la dicha niña Esperanza, bajos los ojos, y escarbando el brasero con un cuchillo, inclinada la cabeza sin hablar palabra, y al parecer mui contenta y obediente a cuanto la tía. le iba diciendo; pero no contenta Claudia con esto, le dijo:

-Alza, niña, la cabeza, y deja de escarbar el fuego: daba



y fija en mí los ojos, no te duermas, que, para lo que te quiero decir, otros cinco sentidos más de los que tienes debieras tener, para aprenderlo y percibirlo.-

A lo cual replicó Esperanza:

-Señora tía, no se canse ni me canse en alargar y proseguir su arenga, que ya me tiene quebrada la cabeza con las muchas veces que me ha predicado y advertido de lo que me conviene y tengo que hacer: no quiera ahora de nuevo volvérmela a quebrar. Mire ahora, ¿qué más tienen los hombres de Salamanca que los de otras tierras? ¿Todos no son de carne y hueso? ¿Todos no tienen alma, con tres potencias y cinco sentidos? ¿Qué importa que tengan algunos más letras y estudios que los otros hombres? Antes imagino yo que los tales se ciegan y caen más presto que los otros, y no se engañan, porque tienen entendimiento para conocer y estimar cuánto vale la hermosura. ¿Hay más que hacer, que incitar al tibio, probocar al casto, negarse al carnal, animar al cobarde, alentar al corto, refrenar al presumido, despertar al dormido, convidar al descuidado, acordar al olvidado, requerir al... escribir al ausente, alabar al necio, celebrar al discreto, acariciar al rico, y desengañar al pobre? ¿Ser ángel en la calle, santa en la iglesia, hermosa en la ventana, honesta en la casa, y demonio en la cama?

-Señora tía, ya todo esto me lo sé de coro: tráigame otras cosas nuevas de que avisarme y advertirme, y déjelas para otra coyuntura, porque le hago saber, que toda me duermo, y no estoy para poderla escuchar. Mas una sola cosa le quiero decir, y le asejuro, para que de ello esté mui cierta y enterada, y es que no me dejaré más martirizar de

su mano, por toda la ganancia que se me pueda ofrecer y seguir. Tres flores he dado y tantas a Vmd. vendido, y tres veces he pasado insufrible martirio. ¿Soy yo por ventura de bronce? ¿no tienen sensibilidad mis carnes? ¿no hay más sino dar puntadas en ellas como en ropa descosida o desgarrada? Por el siglo de la madre que no conocí, que no lo tengo más de consentir. Deje, Señora tía, ya de rebuscar mi viña, que a veces es más sabroso el rebusco que el esquilmo principal; y si todavía está determinada que mijardín se venda cuarta vez por entero, intacto y jamás tocado, busque otro modo más suave de cerradura para su postigo, porque la del sirgo y ahuja, no hay pensar que más llegue a mis carnes.

-¡Ay, boba, boba-, -replicó la vieja Claudia,- y que poco sabes de estos achaques! No hay cosa que se le iguale para este menester como la de la ahuja y sírgo colorado, porque todo lo demás es andar por las ramas, no vale nada el zuma que y vidrio molido; vale mucho menos la sanguijuela, ni la mirra no es de algún provecho, ni la cebolla albarrana, ni elo de palomino, ni otros impertinentes menjurges que hay, que todo es aire s; porque no hay rústico ya que, sí tantico quiera estar en lo que hace, no caiga en la cuenta de la moneda falsa. Vívame mi dedal v ahuja, v vívame juntamente tu paciencia v buen sufrimiento, y venga a embestirte todo el género humano; que ellos quedarán engañados, y tú con honra, y yo con hacienda y más ganancia que la ordinaria. Yo confieso ser así, señora, lo que dices, replicó Esperanza; pero con todo eso estoy resuelta en mi determinación, aunque se menoscabe mi provecho; cuando y más que

en la tardanza de la venta está el perder la ganancia que se puede adquirir abriendo tienda desde luego, y más que no hemos de hacer aquí nuestro asiento y morada; que si, como dice, hemos de ir a Sevilla para la venida de la flota, no será razón que se nos pase el tiempo en flores, aguardando a vender la mía cuarta vez, que ya está negra de marchita. Váyase a dormir, señora, por su vida, y piense en esto, y mañana habrá de tomar la resolución que mejor le pareciere; pues al cabo, al cabo, habré de seguir sus consejos, pues la tengo por madre y más que madre. Aquí llegaban en su plática la tía y sobrina, la cual toda había oído don Félix, no poco admirado de semejantes embustes como encerraban en sí aquellas dos mugeres, al parecer tan honestas y poco sospechosas de maldad, cuando, sin ser poderoso para escusarlo, comenzó a estornudar con tanta fuerza y mido, que se pudiera oír en la calle.

Al cual se lebantó doña Claudia, toda alborotada y confusa, y tomó la vela y entró furiosa en el aposento donde estaba la cama de Esperanza; y si como se lo hubieran dicho y ella lo supiera, se fué derecha a la dicha cama, y, alzando las cortinas, halló al señor caballero, empuñada su espada, calado el sombrero, y mui aferruzado el semblante, y puesto a punto de guerra.

Así como le vió la vieja, comenzó a santiguarse, diciendo: -¡Jesús, valme! ¿Qué gran desventura y desdicha es ésta? ¿Hombres en mi casa, y en tal lugar, y a tales horas? Desdichada de mi! ¡Desventurada fui yo! ¿Y mi honra y recogimiento? ¿Qué dirá quien lo supieren. Sosiéguese Vmd., mi señora doña Claudia, -dijo don Félix, - que yo

no he venido aquí por su deshonra y menoscabo, sino por su honor y provecho. Soy caballero, y rico y callado, y sobre todo enamorado de mi señora doña Esperanza, y para alcanzar lo que merecen mis deseos y afición, he procurado por cierta negociación secreta, que Vmd. sabrá algún día, de ponerme en este lugar, no con otra intención sino de ver y gozar desde cerca de la que de lejos me ha hecho quedar sin mí; y si esta culpa merece alguna pena, en parte estoy y a tiempo somos, donde y cuando se me puede dar, pues, me vendrá de sus manos que yo no estime por mui crecida gloria, ni podrá ser más rigurosa para mí que la que padezco de mis deseos. ¡Ay sin ventura, -volvió a replicar Claudia,- y a cuantos peligros están puestas las mugeres que viven sin maridos y sin hombres que las defiendan y amparen! ¡Agora si que té echo menos, malogrado de ti, Juan de Braca monte no el arcediano de Xerez-, mal desdichado consorte mio, que si tú fueras vivo, ni yo me viera en esta ciudad, ni en la confusión y afrenta en que me veo! Vmd., señor mío, sea servido luego al punto de volverse por donde entró, y si algo quiere en esta su casa de mí o de mi sobrina, desde afuera se podrá negociar -no le despide ni desafucia- con más espacio, con más honra y con más provecho y gusto. Para lo que yo quiero en la casa, señora mía, replicó don Félix, lo mejor que ello tiene es estar dentro de ella, que la honra por mi no se perderá; la ganancia está en la mano, que es provecho, y el gusto sé decir que no puede faltar. Y para que no sea todo palabras, y que sean verdaderas estas mías, esta cadena de oro doy por fiador de ellas. Y quitándose una

buena cadena de oro del cuello, que pesaba cien ducados, se la ponía en el suyo.

A este punto, luego que vió tal oferta, y tan cumplida parte de paga la dueña del concierto, antes que su ama respondiese ni la tomase, dijo:

-¿Hay príncipe en la tierra como éste, ni papa, ni emperador, ni Fúcar, ni embajador, ni cajero de mercader, ni perulero, ni aun canónigo quod magis est, que haga tal generosidad y largueza? Señora doña Claudia, por vida mía, que no se trate más de este negocio, sino que se le eche tierra, y haga luego todo cuanto este señor quisiere. ¿Estás en tu seso, Grij alba? -que así se llamaba la dueña-. ¿Estás en tu seso, loca desatinada?, dijo doña Claudia. ¿Y la limpieza de Esperanza, su flor cándida, su puridad, su doncellez no tocada, su virginidad intacta? ¿Así se había de aventurar y vender, sin más ni más, cebada de esa cadenilla? ¿Estoy yo tan sin juicio que me tengo de encandilar de sus resplandores, ni atar con sus eslabones, ni prender con sus ligamentos? ¡Por el siglo del que pudre, que tal no será! Vmd. se vuelva a poner su cadena, señor caballero, y mírenos con mejores ojos, y entienda que, aunque mugeres solas, somos principales, y que esta niña está como su madre la parió, sin que haya persona en el mundo que pueda decir otra cosa, y si en contra de esta verdad le hubiesen dicho alguna mentira, todo el mundo se engaña, y al tiempo y a la esperiencia doy por testigos.

Calle, señora, -dijo a esta sazón la Grijalba, -que yo sé poco, o que me maten si este señor no sabe toda la verdad del hecho de mi señora la moza.

- -¿Qué ha de saber, desvergonzada, qué ha de saber?, -replicó Claudia.
- -¿No sabeis vos la limpieza de mi sobrina?
- -Por cierto, bien limpia soy-, dijo entonces Esperanza, que estaba en medio del aposento como embobada y suspensa, viendo lo que pasaba sobre su cuerpo, y tan limpia, que no ha una hora que con todo este frío me vestí una camisa limpia.

-Esté Vmd. como estubiere, -dijo don Félix,- que sólo por la muestra del paño que he visto, no saldré de la tienda sin comprar toda la pieza. Y porque no se me deje de vender por melindre o ignorancia, sepa, señora Claudia, que he oído toda la plática o sermón que ha hecho esta noche a la niña, y que no se ha dado puntada en la costura que no me haya llegado al alma, porque quisiera yo ser el primero que esquílmara este majuelo o vendimiara esta viña, aunque se añadieran a esta cadena unos grífios de oro y unas esposas de diamantes. Y pues estoy tan al cabo de esta verdad y le tengo tan buena prenda, ya que no se estima la que doy ni las que tiene mi persona, úsese mejor término conmigo, que será justo, con protestación y juramento, que por mi nadie sabrá en el mundo el rompimiento de esta muralla, sino que yo mismo seré el pregonero de su entereza y bondad. -¡Ea!, -dijo la Grijalba,- buena pro le haga; suya es la joya, y a pesar de maliciosos y de ruines para en uno son; yo los junto y los bendigo. -Y tomando de la mano a la niña, se la acomodaba al don Félix; de lo cual se encolerizó tanto la vieja, que, quitándose el un chapín, comenzó a dar a la Grij alba como en real de enemigo,

la cual, viéndose maltratar, echó mano de las tocas de Claudia v no le dejó pedazo en la cabeza, descubriendo la buena señora una calba más lucía que la de un fraíle, y un pedazo de cabellera postiza que le colgaba por un lado, con que quedó con la más fea y abominable catadura del mundo. Y viéndose tratar así de su criada, comenzó a dar grandes alaridos y voces, apellidando a la justicia; y al primer grito, como si fuera cosa de encantamento, entró por la sala el corregidor de la ciudad con más de veinte personas entre acompañados y corchetes, el cual, habiendo tenido soplo de las personas que en aquella casa vivían, determinó visitallas aquella noche, y, habiendo llamado a la puerta, no le overon como estaban embebecidos en su plática, y los corchetes, con dos palancas, de que de noche andan cargados para semejantes efectos, desquiciaron la puerta, y subieron al corredor tan queditos y quietos, que no fueron sentidos, y desde el principio de los documentos de la tía, hasta la pendencia de la Grij alba, estubo oyendo el corregidor sin perder un punto, y así, cuando entró, dijo:

- -Descomedida andais, para ser ama, con vuestra señora, señora criada.
- -¡Y cómo si anda descomedida esta bellaca, señor corredor, -dijo Claudia,- pues se ha atrevido a poner las manos do jamás han llegado otras algunas desde que Dios me arrojó en este mundo!
- -Bien decís que os arrojó, -dijo el corregidor,- porque vos no sois buena sino para arrojada. Cubríos honrada, y cúbranse todas, y vénganse a la cárcel.
- -¡A la cárcel, señor! ¿Por qué?,- dijo Claudia.

- -¿A las personas de mi cualidad y estofa se usa en esta tierra tratarlas de esta manera?
- -No deis más voces, señora, que habéis de venir sin duda, y con vos esta señora, colegial trilingüe en el desfrute de su heredad.
- -Que me maten,- dijo la Gríjalba,- si el señor corregidor no lo ha oído todo, que aquello de tres pringues por lo de Esperanza lo ha dicho.

Llegóse en esto don Félix y habló aparte al corregidor, suplicándole no las llevase, que él las tomaba en fiado; pero no pudieron aprovechar con él sus ruegos ni menos sus promesas.

Quiso la suerte que entre la gente que acompañaba al corregidor, venían los dos estudiantes manchegos y se hallasen presentes a toda esta historia; y viendo lo que pasaba, y que en todas maneras habían de ir a la cárcel Esperanza y Claudia y la Grij alba, en un instante se concertaron entre sí en lo que debían hacer, y sin ser sentidos se salieron de la casa y se pusieron en cierta calle trascantón, por donde habían de pasar las presas, con seis amigos de su traza que luego les deparó su buena ventura, a quien rogaron les ayudasen en un hecho de importancia contra la justicia del lugar, para cuyo efecto los hallaron más prontos y listos que si fuera para ir a algún solemne banquete.

De allí a poco asomó la justicia con las prisioneras, y antes que llegasen pusieron mano los estudiantes con tan buen brío y denuedo, que a poco rato no les esperó porquerón en la calle, puesto que no pudieron librar más que a la Esperanza, porque así como los corchetes vieron

trabada la pelaza, los que llevaban a Claudia y a la Grij alba se fueron con ellas por otra calle y las pusieron en la cárcel. El corregidor, corrido y afrentado, se fue a su casa; don Félix a la suya, y los estudiantes a su posada; y queriendo el que la hubo quitado a la justicia gozarla aquella noche, el otro no lo quiso consentir, antes le amenazó de muerte si tal hiciese.

¡Oh sucesos estraños del mundo! ¡Oh cosas que es necesario contarlas con recato para ser creídas! ¡Oh milagros del amor nunca vistos! ¡Oh fuerzas poderosas del deseo, que a tan estraños casos nos precipitan! Dícese esto, porque viendo el estudiante de la presa que el otro, su compañero, con tanto ahínco y veras le prohibía el gozalla, sin hacer otro discurso alguno, y sin mirar cuán mal le estaba lo que quería hacer, dijo:

-Ahora, pues, ya que vos no consentís que goce lo que tanto me ha costado, y que no quereis que por amiga me entregue en ella, a lo menos no me podeis negar que, como a muger legítima, no me la habeis, ni podeis, ni debeis quitar.

Y volviéndose a la moza, a quien de la mano no había dejado, le dijo:

-Esta mano que hasta aquí os he dado, señora de mi alma, como defensor vuestro, ahora, si vos quereis, os la doy como legítimo esposo y marido. La Esperanza, que de más bajo partido fuera contenta, al punto que vio el que se la ofrecía, dijo que sí y que resí, no una, sino muchas veces, y abrazólo como a señor y marido. El compañero, admirado de ver tan estraña resolución, sin decirles nada, se les quitó de delante y se fue a su aposento. El

desposado, temeroso que sus amigos y conocidos no le estorbasen el fin de su deseo y le impidiesen el casamiento, que aun no estaba hecho con las debidas circunstancias que la Santa Madre Iglesia manda, aquella misma noche se fue al mesón donde posaba el arriero de su tierra, el cual quiso su buena suerte de la Esperanza que otro día por la mañana se partía, con el cual se fueron, y según se dijo, llegó a casa de su padre, donde le dió a entender que aquella señora que allí traía era hija de un caballero principal, y que la había sacado de la casa de su padre, dándole palabra de casamiento. Era el padre viejo y creía fácilmente cuanto le decía el hijo, y viendo la buena cara de la nuera, se tubo por más que satisfecho, y alabó como mejor supo la buena determinación de su hijo.

No le sucedió así a Claudia, porque se le averiguó por su misma confesión que la Esperanza no era su sobrina ni parienta, sino una niña a quien había tomado de la puerta de la iglesia, y que a ella y otras tres que en su poder había tenido, las había vendido por doncellas muchas veces a diferentes personas, y que de esto se mantenía y tenía por oficio y egercicio, y que las otras dos mozas se la habían ido, enfadadas de su codicia y miseria. Averiguósele también tener sus puntas y collar de hechizera, por cuyos delitos el corregidor la sentenció a cuatrocientos azotes y a estar en una escalera con una jaula y coroza en medio de la plaza, que thé un día el mejor que en todo aquel año tubieron los muchachos de Salamanca.

Súpose luego el casamiento del estudiante, y aunque algunos escribieron a su padre la verdad del caso y la

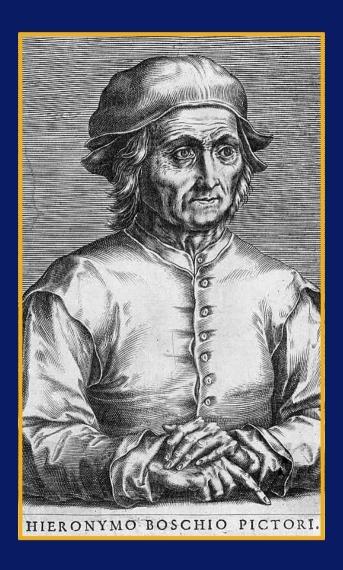
bajeza de la nuera, ella se había dado con su astucia y discreción tan buena maña en contentar y servir al viejo suegro, que, aunque mayores males le dijeran de ella, no quisiera haber dejado de alcanzalla por hija. Tal fuerza tiene la discreción y hermosura, y tal fin y paradero tubo la señora doña Claudia de Astudillo y Quiñones, y tal le tienen y tendrán todas cuantas su vivir y proceder tubieren.

HIERONYMUS BOSCH (EL BOSCO)

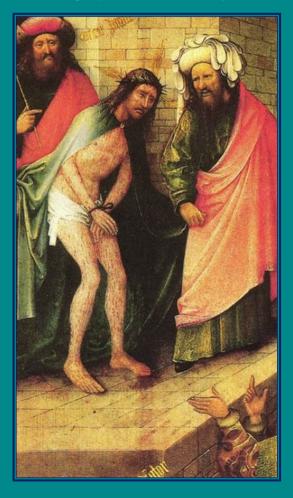
Bolduque, 1450 - 1516

Pintor holandés, probablemente nació el 2 de octubre de 1450 en Hertogenbosch (o Bolduque), Paises Bajos. Hijo y nieto de artistas en la misma localidad donde permaneció toda su vida. Se casó con Aleyt van Marvenne y fue miembro de la Hermandad de Nuestra Señora y un devoto católico. Diseñó los vitrales de la catedral de Hertogenbosch, y en vida disfrutó del éxito tanto en su ciudad como fuera de ella. En sus pinturas mezcla motivos astrológicos, de folclore, brujería y alquimia, así como el tema del anticristo y episodios de las vidas de santos ejemplares. En sus obras de madurez desarrolló un lenguaje de simbolismo visual, que a veces era una traducción literal de las metáforas verbales de la Biblia. Sus obras muestran la preocupación por la inclinación del hombre hacia el pecado y la condena eterna a las almas perdidas. Aplica el óleo de manera libre, sin retocar demasiado.

Sus fuentes principales fueron los manuscritos miniados holandeses, grabados extranjeros, bestiarios medievales y leyendas y textos de la época. La ausencia de datación y de firma de algunas de sus obras hace que se les atribuyan a sus seguidores. Su obra fue muy imitada durante el siglo XVI. Durante la década de 1550 tuvo lugar un despertar del interés por el Bosco en la ciudad de Amberes, encabezada por Pieter Huys y Pieter Brueghel, el Viejo, muy influido por el pintor. El rey Felipe II de España compró muchas de sus obras después de la muerte del pintor. Como resultado, el Museo del Prado de Madrid posee hoy en día varias de sus obras más famosas. El Bosco falleció probablemente en Bolduque el 9 de agosto de 1516.

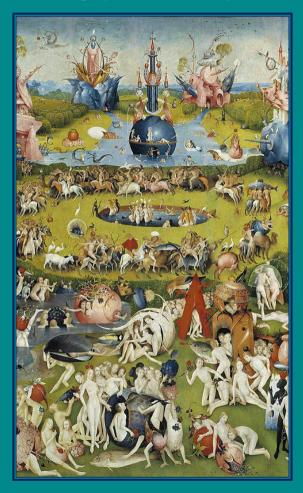


Theronimus bolch



 $Ecce\ Homo >>$ (1476 \sim óleo sobre tabla, Museo Städel, Fráncfort)

Theronimus bolch



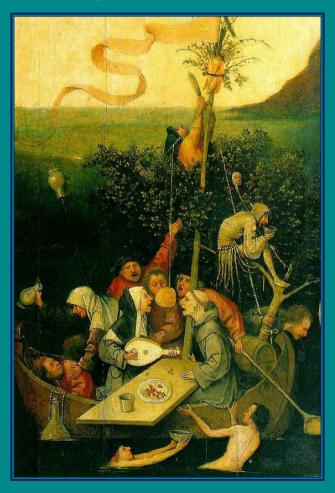
El jardín de las delicias >> (1480-90) ~ óleo sobre tabla, Museo del Prado, Madrid)

Theronimus bolch



La Ascensión al Empíreo >> (1500-03 ~ óleo sobre tabla, Palazzo Grimani, Venecia)

Theronimus bolch



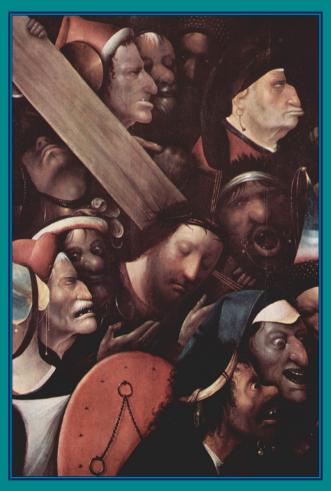
La nave de los locos >>> (1494 ~ óleo sobre tabla, Museo del Louvre, París)

Theronimus bolch



El carro de heno >> (1516 ~ óleo sobre tabla, Museo del Prado, Madrid)

Theronimus bolch



Cristo con la Cruz a cuesta >> (1510-16 ~ óleo sobre tabla, MSK, Gante)

WILLIAM SHAKESPEARE

Stratford-upon-Avon, 1564 - 1616

Nació en Stratfort-upon-Avon, un pequeño pueblo inglés ubicado unas 35 millas al sur de Birmingham el 23 de abril de 1564, donde murió el mismo día de 1616. Estuvo casado con Anne Hathaway, unos años mayor, con quien tuvo dos hijas y un hijo. No tuvo nietos. A los veintitantos años se trasladó a Londres, donde comenzó su carrera como actor y dramaturgo. Luego llegaría a ser incluso empresario del teatro, como copropietario de la compañía conocida inicialmente como Lord Chamberlain's Men, que se convertiría en la más prestigiosa de la época, al punto de conseguir el patrocinio del rey y pasar a llamarse The King's Men. Pocos años antes de su muerte regresó a su pueblo natal, donde falleció a los 52 años. Shakespeare escribió numerosas obras de teatro y poemas. La mayoría de las primeras (36 en total) fueron publicadas varios años después de su muerte, en un compendio conocido como el First Folio, que las divide en dramas, comedias y obras históricas. Dentro de ellas, destacan: Hamlet, Romeo y Julieta, Otelo, Macbeth, El sueño de una noche de verano, Ricardo III. Adicionalmente, escribió poesía. Resaltan sus 154 sonetos, además de su Venus y Adonis y La violación de Lucrecia. No sólo su obra ha sido ampliamente traducida a casi todos los idiomas, y representada en el teatro a lo largo de estos siglos, sino que también se han hecho innumerables películas (unas 250) y ha sido la inspiración para óperas, como el Macbeth de Verdi o el Otelo de Rossini. Sus tragedias y comedias se siguen representado en todos los teatros del mundo, en sus versiones originales o incluso adaptadas a la modernidad.

de Los Sonetos

(1609)



XV

Cuando observo al mirar en todo lo que crece, que apenas un momento, la perfección les dura. Sobre el gran escenario, como actúan las formas, bajo el secreto influjo de oráculos y estrellas.

Advierto que los seres, cual plantas se propagan, que bajo el mismo cielo se alegran y entristecen con vital juventud y luego aminorarse en su arrogante estado, perder toda memoria.

Entonces la visión de esa infidente clase, me hace veros tan joven y rico en ese extremo, cuando el Tiempo voraz, se alía con la Ruina, por cambiar tu esplendor, en mezquindad nocturna.

Yo en guerra con el Tiempo, y por amor a vos, de todo lo que os roba, hago un injerto nuevo.



XVII

¿Quién tendrá fe en mis versos, en el tiempo futuro, estando tan colmados, de vuestras propias glorias? Sin embargo, Dios, sabe, que soy sólo una tumba que apenas la mitad de vuestro ser oculta.

Si pudiera escribir la beldad de tus ojos y numerar en cifras fragantes, vuestras gracias, el tiempo venidero, diría que yo miento, pues tal toque celeste, no es propio de un humano.

Así, al leer mis versos, por la edad amarillos, serían despreciados, como viejos chismosos, cambiando lo que es vuestro, por furor de poeta, con enfático metro de una antigua canción.

Mas si por ese tiempo, viviera un hijo vuestro, doble vida tendrías, en él y en mis poemas.



XVIII

¿Qué debo compararte a un día de verano? Tú eres más adorable y estás mejor templado. Rudos vientos agitan los capullos de Mayo y el estío termina su arriendo brevemente.

A veces brilla el sol con demasiado fuego y a menudo se vela su dorado semblante. A veces la belleza declina de su estado, por causas naturales o causas imprevistas.

Mas tu eterno verano, jamás se desvanece, ni perderá su instinto de tener la hermosura, ni la Muerte jactarse, de haberte dado sombra, creciendo con el tiempo en mis versos eternos.

Mientras el ser respire y tengan luz los ojos, vivirán mis poemas y a ti te darán vida.



XXIII

Igual que un torpe actor, cuando pisa la escena, olvida por temor, su papel a decir o tal como el colérico, de rebosante furia, agota con su esfuerzo, su propio corazón.

Yo por falta de fe, me olvidé de decir, la exacta ceremonia del rito del amor y al cargar con el peso de mi amor desfallezco, bajo la propia fuerza de mi excesivo amor.

¡Oh! Deja que mis libros, te sirvan de elocuencia y los malos heraldos de mi parlante pecho, imploren por tu amor y esperen recompensa, más, que la mejor lengua, que exprese lo que siento.

Aprende a bien leer, lo que el silencio escribe: Oír con la mirada es signo de amor puro.



XXIV

Hoy se han vuelto pintores, mis ojos, y han trazado tu belleza en la tabla, de mi albo corazón. Todo mi cuerpo es marco, de tu propia hermosura y bella perspectiva del arte del pintor.

A través del pintor, admirar su talento, para encontrar el sitio de tu real imagen, colgada de continuo del corazón taller, que tiene en las ventanas, tus ojos por cristales.

Mira como los ojos se ayudan mutuamente. Mis ojos te modelan, mientras que son los tuyos ventanas en mi pecho, por donde el sol penetra, sólo por admirarte y llenarse de gozo.

Mas ¡ay! la mejor gracia, falta al arte del ojo, retratan lo que ven sin ver el corazón.



XXIX

A veces en desgracia, ante el oro y los hombres, lloro mi soledad y mi triste abandono y turbo el sordo cielo, con mi estéril lamento y viéndome a mí mismo, maldigo mi destino.

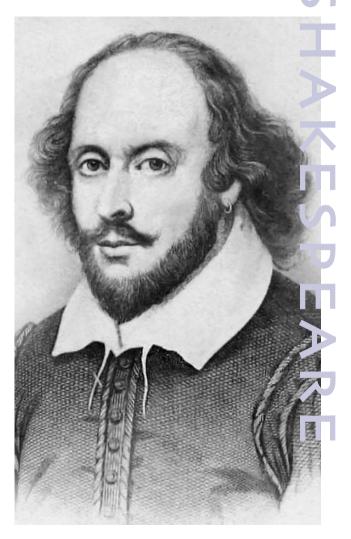
Envidio al semejante más rico de esperanzas y sus bellas facciones y sus buenos amigos. Envidio a este el talento y al otro su poder y con lo que más gozo, no me siento contento.

Ante estos pensamientos yo mismo me desprecio. Felizmente te evoco y entonces mi Natura, como la alondra al alba, cantando toma altura, para entonar sus himnos a las puertas del Cielo.

Me da sólo evocarte, dulce amor, tal riqueza, que entonces, ya no cambio, mi estado por un reino.



WILLIAM SHAKESPEARE



XLIII

Cuando cierro mis ojos es cuando mejor veo. Todo el día mirando, cosas sin ningún mérito. Pero al estar dormido, en mis sueños te miran, y oscuramente brillan, guiando mis tinieblas.

Tú, cuya sombra vuelve, brillante la penumbra. ¡Cómo tu sombra haría un feliz espectáculo, para el brillante día al ser tu luz más clara, cuándo para ojos ciegos así brilla tu sombra!

¡Cuánto podría, digo, bendecir a mis ojos, al poder contemplarte a plena luz del día, cuándo en la noche muerta, tu incierta y bella sombra, en el pesado sueño, te ven mis ojos ciegos!

Los días son cual noches, para mí, hasta no verte, y las noches son días, cuando en sueños te veo.



XLVII

Mi corazón ha hecho un pacto con mi ojo y en buena lid, se prestan, recíprocas ayudas. Si mi ojo está hambriento, por ver como le miras, o el corazón prendido, se ahoga en mil suspiros.

Entonces goza el ojo, la imagen de mi amor, y al corazón invita al irreal banquete. Otras es invitado, mi ojo del corazón y en esos pensamientos, logra parte de amor.

Así, ya por tu imagen o sea por mi amor, aún estando tú lejos, estás presente en mí, pues no puedes llegar, donde yo, si te nombro y estoy siempre con ellos y ellos están conmigo.

O si duermen, tu imagen, a mi vista despierta, llamando al corazón, para que ambos se gocen.



LV

¡Ni el mármol, ni dorados, monumentos de príncipes, podrán sobrevivir al poder de estas rimas, pues en ellas brilláis con más vivo esplendor, que en las oscuras piedras, que ha ennegrecido el tiempo!

Cuando la infame guerra derrumbe las estatuas y caigan las murallas por obra de la plebe, ni la espada de Marte ha de prender el fuego, que guarda el monumento de tu viva memoria.

Contra la Muerte y contra todo olvido enemigo, vivirás y tus loas, encontrarán lugar, entre los ojos nuevos de otras generaciones, que ha de gastar el mundo hasta el juicio final.

Mientras llegue tu juicio, surgiréis en persona, en los ojos amantes, viviendo entre mis rimas.



LX

Como avanzan las olas por la escarpada orilla, así nuestros minutos, van raudos hacia el fin, intercambiando el sitio con el que va delante, en su afanoso esfuerzo de querer avanzar.

La infancia cuando llega sobre el mar de la luz, se arrastra hacia la cumbre y apenas la corona, lucha contra la insidia de malignos eclipses y el don que le dio el Tiempo, el Tiempo lo destruye.

El Tiempo transfigura las galas juveniles, excava con sus surcos la faz de la belleza y tiene su alimento en las raras naturas, sin que nada subsista a su aguda guadaña.

Sin embargo, mis versos, perdurarán al Tiempo, elogiando tus prendas sin ver su mano cruel.



LXXI

No lloréis por mi causa el día que esté muerto, mas cuando oigáis la fúnebre y severa campana, dar aviso a este mundo de que al fin me he marchado, del vil mundo a vivir, entre viles gusanos.

Mas, si leéis mis versos, no recordar la mano, que estas líneas ha escrito, dado que os amo tanto, que de tu pensamiento, quiero ser olvidado, si al pensar en mí entonces, os causara dolor.

O escuchar lo que digo: si miráis estos versos, cuando tal vez esté mezclado con la arcilla, no repitáis siquiera mi miserable nombre, dejad que vuestro amor, con mi vida sucumba.

Que puede el docto mundo, oír vuestros lamentos, y mofarse, por mí, de vos cuando no esté.



LXXV

Sois a mi pensamiento, cual pan para vivir, o como el dulce tiempo de lluvias a la tierra, y yo por vuestra paz, sostengo tal batalla, como la que se entabla entre avaro y tesoro.

Ora altivo cual dueño y ora súbitamente, temeroso que el tiempo le robe su riqueza. O estimo que no hay nada, mejor, que estar con vos, y prefiero que el mundo contemple mi placer.

A veces jubiloso, ante vuestra presencia, y más tarde famélico de una mirada tuya, no queriendo tener, ni buscar más placer, que el que de ti no venga o el que de ti no tome.

Así, día tras día, me sacio y languidezco, devorándolo todo o de todo privado.



CIV

Para mí, bello amigo, nunca podrás ser viejo, que tal como os miré, aquella vez primera, así, es vuestra belleza. Ya tres fríos inviernos, al bosque le han quitado, tres hermosos veranos,

tres bellas primaveras, trocadas en otoños, y he visto en el proceso de tantas estaciones, tres aromas de Abril en tres Junios quemados. Me asombra que mantengas tu joven lozanía.

Mas la belleza igual que aguja de cuadrante, nos roba su figura sin percibir su paso. Igual tu color dulce está siempre de exacto, que cambia y es mi ojo, sólo el que se ilusiona.

Por mi temor escucha: «Edad no concebida, antes de ti no había, belleza en el verano.»





Los ojos de mi amada no parecen dos soles, y el coral es más rojo, que el rojo de sus labios. Siendo blanca la nieve, sus senos son oscuros, y si el cabello es negro en ella es hierro negro.

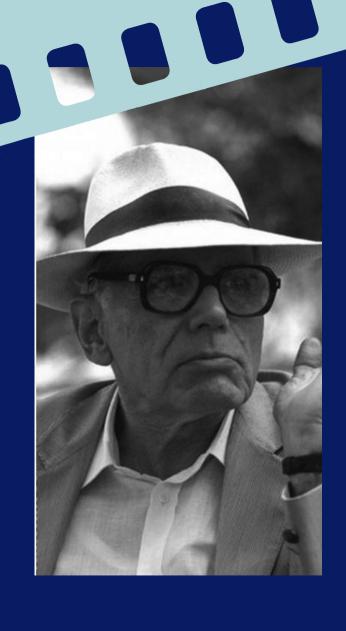
He visto rosas rojas, blancas y adamascadas, mas nunca en sus mejillas encuentro tales cosas.

Y en algunos perfumes, existe más deleite, que en ese dulce aliento que emana de mi amada.

IoAmo escuchar su voz y sin embargo, entiendo, que la música tiene un sonido más grato. No he visto caminar por la tierra a una diosa, pero al andar mi amada, va pisando la tierra.

Mas juro y considero a mi amada tan única, que no existe en el mundo, ilusión que la iguale.





Luigi Comencini

Saló, 1916 - Roma, 2007

Nació el 8 de junio de 1916 en Saló (Italia). Estudió arquitectura en la Politécnica de Milán, diplomándose en 1939. Fue en esa época cuando comenzó a demostrar interés por el cine, y junto a sus amigos Alberto Lattuada y Marco Ferreri, recopilaría películas antiguas, creando una colección privada que sería el origen de la Filmoteca Italiana. En 1942, fue el ayudante de Perilli en La prima donna. Cuando la guerra llegó a su fin, Comencini comenzó a realizar algún cortometraje entre los que destaca Bambini in città (1946), por el que le concedieron el premio a la mejor película del año.

En 1947, emprendió la realización de su primer largometraje, Prohibido robar (Proibito rubare, 1949), sobre los niños delincuentes napolitanos. Tras una serie de obras menores entre las que destacan las sombrías Persiane chiuse (1951) y La tratta delle bianche (1952), las agradables Pan, amor y fantasía (Pane, amore e fantasia, 1953) – con esta obra ganó el Oso de Plata del Festival de cine de Berlín de 1954 – y Pan, amor y celos (Pane, amore e gelosia, 1954) y sobre todo la profunda y delicada La finestra sul Luna Park (1957), Comencini realizará al comienzo de los sesenta varias obras importantes.





Entre ellas, Todos a casa (Tutti a casa, 1960 – una mirada divertida pero nada complaciente a la actitud de sus compatriotas tras la rendición en 1943), A cavallo della tigre (1961), Il commissario (1962), y La chica de Bube (La ragazza di Bube, 1963). Rodará a continuación una serie de películas muy logradas: Sin saber nada de ella (Senza sapere niente di lei, 1969), Infancia, vocación y primeras experiencias de Giacomo Casanova, veneciano (Infanzia, vocazione e prime esperienze di Giacomo Casanova, veneziano, id.), Las aventuras de Pinocho / La casaca de oro (Pinocchio, 1972), Sembrando ilusiones (Lo scopone scientifico, id.), Delito de amor (Delitto d'amore, 1974), ¡Dios mío, cómo he caído tan bajo! (Mio Dio como sono caduta in basso!, id.), El gran atasco (L'ingorgo, una storia impossibile, 1979), Vuelve Eugenio (Voltati Eugenio, 1980).

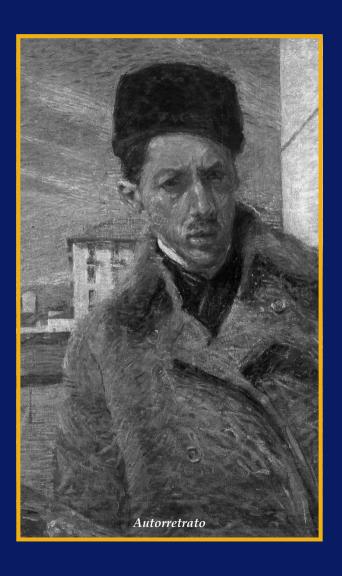
Realizó asimismo para la televisión I bambini e noi (1970) y L'amore in Italia (1978), dos encuestas que serán el material básico que el realizador explotará en las películas de ficción rodadas a continuación. Con los años, el estilo de Comencini se hará más pesimista, y a pesar de que películas como La mujer del domingo (La donna della domenica, 1975) y La casa de los desmadres (Il gatto, 1977) pueden escapar a esta connotación, El gran atasco y Vuelve Eugenio muestran la visión del autor moralista amargo, que observa la condición humana desde una perspectiva profundamente desencantada subrayando el terrible desarraigo de la sociedad contemporánea. Luigi Comencini falleció el 6 de abril de 2007 en Roma.

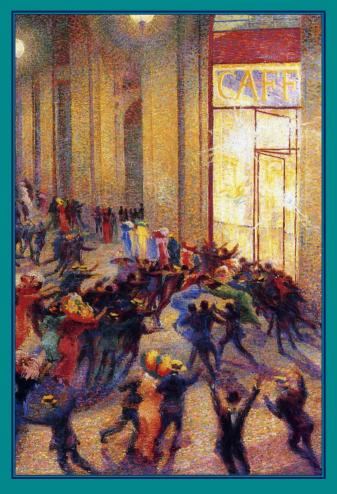
UMBERTO BOCCIONI

Regio de Calabria, 1882 - Verona, 1916

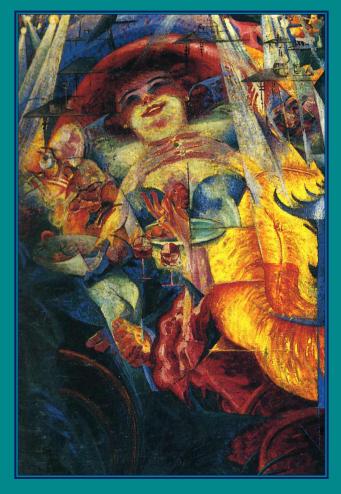
Pintor y escultor italiano. Figura clave del movimiento futurista italiano, fue también uno de sus más destacados teóricos. En 1901 se trasladó a Roma. Aquí se inició en el divisionismo de la mano de Giacomo Balla, y conoció a otros pintores que pertenecían al movimiento futurista. Después de pasar algún tiempo en París, Rusia, Padua y Venecia, se instaló definitivamente en Milán y se interesó por todo lo referente a la sociedad industrial moderna. Influido por el simbolismo y por el expresionismo de Munch, y tras varios encuentros con Marinetti, Carrà y Russolo, la obra de Boccioni se desarrolló a partir de 1910 alrededor de dos conceptos clave: dinamismo y simultaneidad. En 1910 fue uno de los firmantes del Manifiesto Futurista. Entre sus obras cabe destacar La ciudad que surge (1910) y La calle ante la casa (1911), pinturas que, aun siendo formalmente distintas, hacen referencia al mismo tema, la ciudad, que para los futuristas simbolizaba la modernidad, el movimiento y la velocidad.

En cuanto a su actividad escultórica, que desarrolló paralelamente a la pictórica, fue pionero en el uso de nuevos materiales, como el cristal, el cemento o el hierro, así como en el aprovechamiento de la luz eléctrica. A pesar de la escasísima obra que dejó, al morir prematuramente en la guerra, su valor innovador, apoyado por sus escritos teóricos, le coloca entre los grandes padres de la escultura contemporánea. Falleció en Sorte (Verona) el 16 de agosto de 1916, durante la guerra europea (en la que se había alistado como voluntario), a causa de una caída de caballo.





Tumulto en la galería >> (1910 ~ óleo sobre lienzo, Pinacoteca di Brera, Milán)



 $La\ risa$ (1911 ~ óleo sobre lienzo, MoMA, Nueva York)





La calle penetra en el edificio >> (1911 ~ óleo sobre lienzo, Sprengel Museum, Hannover)



Las fuerzas de una calle (1911 ~ óleo sobre lienzo, Hängi, Basilea)



Formas únicas de continuidad en el espacio (1913 ~ bronce, MoMA, Nueva York)





ERIK SATIE

Honfleur, 1866 - París, 1925

Nació el 17 de mayo de 1866 en Honfleur. Recibió las primeras lecciones musicales del organista Vinot, y en 1879 ingresó en el Conservatorio de París. En 1886 conoció al poeta J.P. Contamine de Latour, al que le uniría una gran amistad y a cuyos textos pondría música en diversas ocasiones. En 1887 comenzó a trabajar como pianista en diversos cabarets de París, como "Chat noir" y "L'auberge du clou". Fue aquí donde conoció a Claude Debussy, con quien mantendría una gran amistad y una relación de admiración mutua. En 1889 entró en contacto con la música de países extranjeros con motivo de la Exposición Universal que se celebró en París. Fruto de esta experiencia fue su obra Gnossienes (1891), que posee bastante influencia de la música rumana. Un año antes, en 1890, Satie había conocido a Joséphin Péladan, un peculiar escritor que a la vez era miembro destacado de la orden de la Rosacruz. La obra literaria de Péladan contribuyó a que Satie se acercara al misticismo medieval, de ahí que en obras posteriores, como la cantata Socrate (1918), Satie empleara elementos del canto gregoriano.



En 1905, cuando ya casi contaba 40 años, decidió volver a estudiar música, pero esta vez en la Schola Cantorum con Vincent d'Indy y Albert Roussel. En la década 1915-1925 conoció la popularidad y se convirtió en un símbolo de la vanguardia y en el



modelo artístico del "Grupo de los Seis". Este grupo, integrado por los músicos Milhaud, Durey, Auric, Honegger, Poulenc y Tailleferre, tuvo como nexo de unión la admiración que sentían todos estos jóvenes compositores por el ballet Parade (1917) de Satie. El poeta Jean Cocteau expuso la estética del grupo en su artículo "Le coq et l'arlequin", y además colaboró con el compositor francés en cinco piezas escénicas. Junto a Milhaud, Satie creo el proyecto "música de mobiliario", que proponía una concepción de la música más que como objeto artístico como elemento decorativo similar a lo que hoy conocemos como música de fondo. De esta época datan también sus obras relacionadas con el dadaismo: sus ballets Relâche y Mercure, escritos ambos en 1924 y provocadores de grandes polémicas en el ambiente artístico parisino. Falleció el 1 de julio de 1925 en Arcueil, París.

HENRYK SIENKIEWICZ

Wola Okrzejska, 1846 - Vevey, 1916

Escritor polaco. Hijo de una familia perteneciente a la nobleza campesina, Sienkiewicz se formó en un ambiente rural donde se mantenían vivas las tradiciones polacas. Estudió en Varsovia, y luego inició su carrera como periodista. De 1876 a 1879 Sienkiewicz realizó varios viajes por California, Francia e Italia; posteriormente visitaría España, Grecia, Turquía, y, otra vez, América. Haciendo uso de su prestigio en defensa de la causa de Polonia, dirigió una carta abierta a Guillermo II, en la que se oponía a la germanización de la Posnania y con la que atrajo la atención mundial sobre la suerte de su país. Al iniciarse la I Guerra Mundial, Sienkiewicz se encontraba en Suiza, donde formó, con Paderewski, el comité para las víctimas de la guerra en Polonia.

Como narrador, se le recuerda, sobre todo, por sus novelas inspiradas en la historia de Polonia. Sienkiewicz buscó a sus héroes en el conjunto de las grandes figuras históricas del pasado de su patria; ello dio lugar a la trilogía que forman las novelas A sangre y fuego, El diluvio y El señor Wolodyjowski. Son también notables sus relatos y sus novelas cortas, entre las cuales figura El torrero, posiblemente el texto más bello de su género de toda la literatura polaca. En 1896 Sienkiewicz publicó Quo vadis?, una obra que trata de la sociedad romana en la época del emperador Nerón y que le valió una celebridad mundial. Fue galardonado con el Premio Nobel de Literatura en el año 1905. Sienkiewicz falleció el 15 de noviembre de 1916 en Vevey, Suiza. Sus cenizas descansan en la Catedral de San Juan en Varsovia.

Tienkieuucz

El torrero

(1882)

T

El torrero del faro de Aspinwal, situado no muy lejos de Panamá, había desaparecido un día de improviso, sin dejar huella alguna. Como la cosa había sucedido en una noche de temporal, todos convinieron en opinar que una ola había debido de llevarse al infeliz al pasar acaso por el borde extremo del granítico arrecife sobre el cual se eleva la torre. Y vino a dar verisimilitud a tal aserto, el hecho de que al día siguiente no se encontrara por ningún lado el bote, que estaba siempre amarrado en una miniatura de rada, entre dos rocas.

Aquel destino de torrero estaba, por consiguiente, vacante, y era asunto de gran urgencia el proveerlo, pues era el faro aquel de suma importancia, no sólo para el tráfico local, sino también para los buques que salen de Nueva York con rumbo a Panamá. El golfo de los Mosquitos, con sus bancos y sus arenas movedizas, estaba cuajado de peligros, aun para atravesarlo de día.

HENRYK SIENKIEWICZ

De noche, sobre todo, cuando de las aguas calentadas por los rayos del sol ecuatorial surge la niebla, lo que sucede a menudo, resulta la travesía casi imposible. Entonces el único guía de los numerosos barcos que por allí navegan es la luz del faro.

Al cónsul de los Estados Unidos en Panamá era a quien incumbía la elección del nuevo torrero; cometido no poco difícil, si se tiene en cuenta que el plazo para proveer el cargo no podía ser mayor, en ningún caso, de doce horas, con la agravante de que no se podía admitir al que primero se presentara, sino tan sólo a un hombre idóneo y concienzudo. Otra dificultad, y no pequeña, era que en aquel tiempo faltaban los aspirantes por completo. Es la vida en aquel faro muy penosa, y carece en absoluto de aliciente para los habitantes del Sur, tan amantes del ocio y de la libertad.

El torrero es casi un prisionero; fuera del domingo, ni por un instante puede abandonar su islote. Cada día, una barca de Aspinwal le lleva comida y agua fresca, y vuelve a marchar inmediatamente. No hay alma viviente en todo el islote, que tiene media fanega de extensión; vive el torrero en la torre del faro, y toda su faena consiste en tenerlo en regla. Durante el día, según la altura barométrica, da las señales, sirviéndose de banderas de diversos colores, y por la noche enciende la luz.

No sería ésta, en verdad, una vida muy fatigosa sin la particularidad de que para llegar a lo alto de la torre, donde está la linterna, es menester encaramarse por una escalera de caracol, que cuenta, por lo menos,

cuatrocientos peldaños, y que esta ascensión debe realizarla el torrero un sinnúmero de veces cada día. Es realmente una vida monacal, y aun más, una vida de verdadero ermitaño; por eso no es de extrañar que fueran grandísimos los apuros que pasaba *míster* Isaac Folcombridge para dar con un substituto del difunto; como no es de extrañar tampoco la alegría que le embargó el ánimo al ver comparecer el mismo día inopinadamente a un aspirante.

Era éste un anciano de setenta años, o más tal vez; pero robusto todavía, tieso, y con algo en su porte y en sus ademanes que recordaba el antiguo soldado. Tenía los cabellos blanquísimos y moreno el cutis, como un criollo; pero sus ojos azules decían claramente que no era un hijo del Sur. Tenía triste y abatido el semblante, en el que se leía además una gran lealtad.

En seguida fue del agrado de *míster* Folcombridge; pero fue menester examinarlo un poco, y a este fin hízole diversas preguntas.

- -¿De dónde es usted?
- -Soy polaco.
- -¿Qué ha hecho usted hasta ahora?
- -He recorrido el mundo.
- -Un torrero debe estar dispuesto a permanecer siempre en el mismo sitio.
- -Necesito quietud.
- -¿Ha servido usted ya? ¿Posee usted certificados de haber desempeñado algún honrado destino oficial? Sacó el viejo de su bolsillo un trapo de seda desteñido por los años, semejante a un jirón de bandera, y dijo:

-Aquí están mis certificados: esta cruz la gané el año 30; esa otra procede de la guerra carlista en España; la tercera es la Legión de Honor francesa; la cuarta fue ganada en Hungría. Después combatí en los Estados Unidos contra los meridionales; allí no se daban recompensas; pero, en cambio, tengo este papel.

Cogió el funcionario la hoja y empezó a leer, y después que hubo leído, exclamó:

- -¿Eh? ¿Skawinski se llama usted?... ¡Cómo!... ¿Dos banderas conquistadas por su propia mano en un ataque a la bayoneta?... ¡Ha sido usted un valiente soldado!
- -También seré un concienzudo torrero.
- -Es menester subir muchas veces al día a lo alto del faro...; ¿tiene usted buenas piernas?
- -He atravesado a pie las plenys.
- -All right! ¿Es usted práctico en los servicios marítimos?
- -He servido tres años a bordo de un gran barco pesquero.
- -¡Muchos oficios ha probado usted!
- -Nunca he descansado.
- -¿Y cómo es eso?

Encogiose de hombros el anciano y dijo:

- -El destino...
- -Y, además, muy entrado en años me parece usted para torrero.
- -¡Sir! -exclamó de pronto el aspirante con voz conmovida-, estoy cansado y abatido; ya ve usted, he sufrido y penado mucho, y éste es precisamente un destino al que desde hace tiempo ardientemente aspiro. Soy viejo

y necesito quietud; necesito poder decir: Aquí vas a encontrar un asilo permanente, aquí está tu puesto. ¡Ah, sir!; esto sólo depende de usted; semejante oportunidad no vuelve nunca a presentarse. ¡Qué suerte que me haya encontrado en Panamá!... Se lo suplico... Dios me es testigo de que soy como una barca que zozobra si no entra en el puerto... Si quiere usted hacer feliz a un viejo... Se lo juro, soy un hombre honrado... ¡Pero estoy tan cansado de esta vida errante!...

Los ojos azules del anciano suplicaban, imploraban de tal modo, que el señor Folcombridge, que tenía un corazón sencillo y bondadoso, sintiose conmovido.

-Well -dijo-, entendido; es usted torrero.

Una indecible alegría se dibujó en el semblante del viejo.

- -¡Gracias!
- -¿Puede usted subir hoy mismo al faro?
- -¡Ya lo creo!
- -Bien...; entonces, *good-bye*! ¡Ah, otra cosa! Cualquier negligencia o descuido en el servicio implica la inmediata destitución.
- -All right!

Cuando aquella misma noche hubo desaparecido el Sol más allá del istmo y, después de un día esplendoroso, llegaron sin crepúsculo las tinieblas, el nuevo torrero debía de estar ya en su puesto, porque el faro lanzaba sus fulgores, como de costumbre, sobre el mar.

Era la noche aquella apacible y silenciosa, una verdadera noche tropical, impregnada de clara neblina, que formaba alrededor de la Luna, a modo de un arco iris,

un gran anillo, cuyos bordes se desvanecían en matices esfumados. Sólo el mar se agitaba inquieto, porque era la hora en que se hinchaba el oleaje. Skawinski estaba apoyado en la baranda, junto al gigantesco foco de luz, y visto desde abajo semejaba un diminuto punto negro. Quería recoger y coordinar sus pensamientos y darse cuenta de su nueva situación; pero se hallaba todavía demasiado bajo la conmoción de las recientes impresiones para pensar con calma. Sentíase como una fiera perseguida que ha encontrado finalmente un refugio, fuera del alcance de sus perseguidores, en un peñasco inaccesible o en una cueva. Para él también había sonado por fin la hora de la paz. Una sensación de seguridad le llenaba el alma de voluptuosidad ilimitada; desde aquella torre podía muy bien burlarse de su pasado, de su vida trashumante, de sus desventuras, de sus decepciones de otros tiempos. Asemejábase a una barca a la que el viento ha tronchado los palos y destrozado las velas, precipitándola desde alturas vertiginosas hasta los abismos del mar, cubriéndola de espuma, y que logra, sin embargo, refugiarse finalmente en el puerto. Las imágenes de aquella tormenta atravesaban ahora rápidamente su espíritu, en contraposición al plácido porvenir que desde este momento le esperaba. Sólo le había contado a míster Folcombridge una parte de sus andanzas y aventuras, sin ni siquiera aludir a otras muchas innumerables. Su trágico destino así lo había querido: cada vez que había plantado su tienda en un sitio cualquiera y encendido su hogar, una ráfaga de viento había derribado los palos de la tienda, apagado

la lumbre y echádole a él de nuevo a la ruina.

Al contemplar ahora, desde lo alto del faro, las olas iluminadas, recordaba perfectamente todas sus pesadumbres y sus sufrimientos. Arrojado de las cuatro partes del mundo por la adversa fortuna, todas las profesiones había probado en su destierro, y aun a veces, siendo como era honrado y laborioso, había logrado reunir algunos ahorros; pero, a pesar de sus cuidados y desvelos, y cuando menos lo esperaba, todo lo había vuelto a perder. Fue excavador de oro en Australia, buscador de diamantes en África, cazador a sueldo del Estado en la India Oriental; tuvo en cierta época instalada en California una factoría, que pertinaces seguías arruinaron por completo; había emprendido un tráfico de mercancías con las tribus salvajes del Brasil, y una vez, habiéndosele descoyuntado la almadía en el río de las Amazonas, tuvo que errar, sin armas y casi desnudo, por los bosques durante muchas semanas, alimentándose de frutos silvestres, expuesto a cada momento a ser devorado por las fieras. En la ciudad de Helena, en el Arkansas, tuvo una fragua, que destruyó completamente el gran incendio que devastó la población. Luego fue prisionero de los indios en las Montañas Rocosas, logrando escapar de milagro, ayudado por los cazadores canadienses. Había servido después como marinero a bordo de un buque que iba de Bahía a Burdeos, y luego como arponero en un gran barco pesquero: las dos embarcaciones naufragaron. Tuvo en la Habana una fábrica de tabacos, y su socio le robó mientras se hallaba él en cama atacado del vómito. Finalmente se había



Sienkiewicz

venido a Aspinwal, donde iban a terminar de una vez todas sus penalidades e infortunios.

En efecto: ¿qué peligros podían acecharle todavía en aquel arrecife? Ni el agua, ni el fuego, ni los hombres podían nada contra él. Los hombres, por lo demás, no le habían causado mucho daño a Skawinski; más había conocido de buenos que de malos.

Eran los cuatro elementos más bien los que se mostraban implacables enemigos suyos, y afirmaban sus conocidos que todo ello era debido a su mala suerte. Esto hizo que se volviera al fin un poquito supersticioso y maniático, empezando a creer que una mano vengadora y omnipotente le perseguía por todas partes, por la tierra y por los mares. Pero no gustaba de conversar de esto con los demás; sólo cuando alguna vez le preguntaban de dónde podía venir aquella omnipotente mano, contestábales, señalando la estrella polar, que venía de allí...

Tantas eran las desgracias que le habían ido saliendo al paso, que no era de extrañar que hubieran extraviado un poco su razón. Sin embargo, era paciente como un indio, y poseía una gran fuerza de resistencia, hija de su honrado sentir y parecer. Una vez recibió en Hungría unos golpes de bayoneta por no haber querido utilizar un medio que le ofrecían para salvarse, inclinándose hasta besar el estribo y gritar: «¡Perdón!»

Las desventuras no podían doblegarlo; trepaba agarrándose por el monte con la paciente porfía de la hormiga; cien veces rechazado, emprendía esforzadamente su nueva peregrinación. Era en su género un hombre

bien singular; aquel viejo soldado bronceado por el sol de Dios sabe qué países, endurecido por mil combates, que tanto había debido sufrir, tenía un corazón de niño. En Cuba, durante una epidemia, viose atacado por el mal por haber distribuido entre los pacientes su importante provisión de quinina, sin guardar para él ni un sólo gramo.

Y no dejaba de ser una cosa bien singular también el que fiase todavía en el porvenir, después de tantos reveses y desventuras, y que no le abandonara ni por un instante la esperanza de que todo se había de arreglar un día. En invierno se sentía reanimado y conjeturaba grandes cosas, que aguardaba con gran impaciencia. Tales pensamientos y conjeturas manteníanle los ánimos durante años enteros; pero transcurrían los inviernos uno tras otro y ningún cambio se operaba; sólo los cabellos se le encanecían más y más. Por último, se sintió viejo y empezó a perder la energía; su paciencia se fue convirtiendo en resignación; su sosiego, en debilidad de espíritu, y aquel soldado, endurecido por las luchas y la intemperie, llegó a tener tal propensión a las lágrimas, que se echaba a llorar por cualquier fruslería. Además de esto, le torturaba de un modo atroz la nostalgia que el más insignificante motivo lograba despertar: las golondrinas que pasaban revoloteando; ciertos pajarillos grises que se parecían a los gorriones de su país; la nieve de las montañas; las tonadas que le hacían recordar cantos oídos en sus mocedades...

Pero, por encima de todo esto, dominó en él un único pensamiento: el pensamiento del reposo. Este senti-

miento se posesionó del viejo de tal suerte que absorbió todos sus deseos, todas sus esperanzas. El eterno peregrino nada podía imaginar más deseable y apetecible que un solitario rincón donde descansar y esperar tranquilamente la muerte. Su destino singular le había echado por todos los países y por todos los mares, sin tregua alguna, y por eso ahora parecíale la más excelsa felicidad humana el cesar en su triste vagabundear.

Y en verdad que bien merecía esta suerte modesta; pero, acostumbrado ya a las desilusiones, parecíale esto también una cosa irrealizable, y ni siquiera se atrevía a admitir su posibilidad.

Ahora, de improviso, en menos de doce horas había logrado un destino que parecía hecho ex profeso para él; no era, pues, de extrañar que al anochecer, una vez encendido el faro, se hallara como pasmado y aun entontecido, y que se preguntase si todo aquello era verdad o ilusión de sus sentidos. Y, no obstante, la realidad, hablándole con tan irrecusables pruebas (transcurrían las horas, en el balcón de la torre, una tras otra), acabó por convencerle. Sumergiose entonces su espíritu en la dulzura de aquella realidad, y hubiérase dicho que veía el mar por primera vez... La lente del faro abría en las tinieblas un gigantesco cono luminoso; pero la mirada del viejo torrero se perdía en el mar, más allá de la superficie iluminada, en el inmenso espacio obscuro, misterioso, lúgubre, y le parecía que aquella inmensidad corría hacia la luz. Gruesas olas surgían de la obscuridad, y borbollando estrellábanse a los mismos pies del islote; sus crestas espumosas chispeaban, coloreadas

de rojo, en el círculo luminoso de la torre; el oleaje iba creciendo, inundando la arenosa playa. Cada vez se oía más potente y distinta la voz misteriosa del Océano, ora semejante al estampido de los cañones, ora parecida al susurro de las selvas vírgenes, ora a un vocerío humano. A veces todo enmudecía, v entonces llegaba a oídos del anciano un rumor como de suspiros, de sollozos, y luego un estallido violento. El viento desgarraba la niebla; pero al mismo tiempo acumulaba gruesas nubes negras, que iban ocultando la Luna. La tempestad se avecinaba por la parte del Occidente; rompían las olas con mayor violencia contra los peñascos del faro, cuyos cimientos lamía una blanquísima espuma; lejana, lejana, rugía va la borrasca. Por encima de la obscura y agitada superficie del mar veíanse brillar los verdes faroles colgados de los palos de las embarcaciones, los cuales, diminutos como puntitos verdes, se alzaban altos, altos, y parecían luego hundirse; pero reaparecían, oscilaban, inclinábanse, ora a la derecha, ora a la izquierda.

Skawinski descendió y entrose en su aposento. Bramaba la tempestad. Allá afuera, a bordo de aquellas naves, luchaban los hombres con la noche, con el viento, con las olas; en el reducido aposento, por el contrario, todo era silencio y calma. Las gruesas paredes interceptaban casi por completo el estrépito de la tormenta; sólo se oía el acompasado tictac del reloj, que parecía mecer al extenuado anciano y velar su sueño.

П

Pasaron horas, días, semanas...

Afirman los marineros que a veces, cuando el mar está embravecido, oyen, desde lo profundo de la noche y de las tinieblas, llamarse por su nombre. Y si el infinito del mar puede llamar al hombre, ¿por qué no ha de poder oír éste, al llegar a viejo, la voz de otro infinito, todavía más lóbrego y más misterioso? Cuanto más le haya agobiado la vida con su peso, tanto más grato habrá de serle el grito aquel. Pero para oírlo es menester un gran silencio; por eso aman los viejos la soledad, que es para ellos como el presentimiento del sepulcro.

Para Skawinski, la torre del faro era ya el preludio de la tumba. Nada hay en el mundo tan uniforme como la vida de un torrero; si los que a ella aspiran son jóvenes, muy pronto se cansan y la abandonan; por eso el torrero de un faro suele ser, por lo general, un viejo rudo y taciturno, y si por azar deja su destino y vuelve a vivir entre los hombres, anda y gesticula cual si saliera de un profundo sueño. Y es que le faltan en la torre aquellas pequeñas impresiones que en la vida ordinaria enseñan al hombre a referir y a proporcionar todas las cosas a sí mismo. Todo lo que se halla en contacto con el torrero de un faro es gigantesco, sin contornos claros: el cielo..., un infinito, el agua..., otro infinito, y en medio, sola, un alma humana.

Es una vida en la que el pensar es un eterno soñar, del cual no aciertan a distraer las cotidianas ocupaciones.

Los días se parecen unos a otros como las cuentas de un rosario, y sólo rompen su monotonía los cambios del tiempo.

Skawinski se sentía tan dichoso como jamás en su vida lo había sido; alzábase al despuntar la aurora, comía un bocado, limpiaba los cristales del faro y se sentaba luego junto a la baranda de la galería, contemplando la inmensidad del mar; espectáculo del que jamás se cansaba.

Veíanse de ordinario en el infinito horizonte azul una multitud de velas desplegadas que brillaban de tal modo bajo los rayos del Sol, que los ojos quedaban deslumbrados. A veces las barcas, aprovechando los monzones, ringlaban una tras otra en línea recta, cual ringlera de gaviotas o de albatros, por un paso marcado con toneles rojos que dulcemente se mecían sobre las olas. Y hacia el mediodía podía columbrarse entre las velas una parda columna de humo: era el vapor de Nueva York que conducía a Aspinwal a los pasajeros y toda clase de mercancías, dejando tras de sí una larga y blanquísima estela espumosa.

Del otro lado de la galería podía Skawinski divisar distintamente, como si la tuviese en la mano, la ciudad de Aspinwal, con su animado puerto, en el que los palos de los grandes y pequeños buques formaban como un bosque, y, un poco separadas, las blancas casas y sus pequeñas torres. Vistos desde la altura del faro, parecían aquellos edificios nidos de gaviotas, y aquellos barcos, escarabajos, y movíanse los hombres cual si fueran puntos negros por el adoquinado. Por las maña-

nas, la suave brisa de Oriente hacía llegar hasta arriba el rumor del tráfago ciudadano, en el que más nítidamente se distinguía el silbido de los vapores. Después del mediodía, llegada la hora de la siesta, cesaba el movimiento del puerto, ocultábanse las gaviotas en las hendeduras de las rocas, alisábanse las olas, como si también ellas se sintieran cansadas, y descendía entonces sobre el mar y sobre el faro un profundo silencio. La amarillenta arena, que las olas dejaban al descubierto, resplandecía igual que oro en la superficie de las aguas; dibujábase la torre, clara y destacada en el fondo azul, y los rayos del Sol bajaban a torrentes sobre el agua, sobre los bancos de arena, sobre los peñascos de la costa. El viejo Skawinski sentíase dominado también por una voluptuosa sensación de agotamiento; la tranquilidad a la cual podía abandonarse ahora por completo era para él, en verdad, una cosa deliciosa, y la idea de que aquel sosiego iba a ser desde aquel día definitivo y duradero cumplía y colmaba todos sus deseos y aspiraciones. Y entregose en cuerpo y alma a aquel sentimiento de felicidad. Y como es ley de la vida que el hombre se acostumbre muy pronto a una situación mejor, recobró a no tardar la confianza perdida y la fe en el porvenir. Y pensaba el anciano que si fabrican los hombres asilos para sus inválidos, ¿por qué no había de preparar el Dios de misericordia un refugio duradero para él? Y el tiempo le afirmó en aquella convicción.

Entretanto, el viejo se había familiarizado con la torre, la linterna, los peñascos, los bancos de arena y la soledad; había trabado amistad con las gaviotas, que

hacían su nido en los escollos y que de noche tenían sus reuniones sobre el tejado del faro. Solía echarles los restos de su comida, y al cabo de algún tiempo volviéronse tan mansas, que al darles de comer revoloteaban siempre numerosísimas en torno de su cabeza, y movíase el viejo en medio de aquellos blancos animalitos como un pastor entre sus ovejas.

Durante la bajamar recorría la arenosa orilla en busca de sabrosos caracoles y elegantes conchas de madreperla que la marea dejaba allí diseminados. A veces, a la luz del faro o de la Luna, cogía peces que hormigueaban entre los escollos. En una palabra, púsose a amar intensamente su islote pelado, en el que sólo crecían algunas plantas menudas y grasientas, que destilaban un jugo viscoso. El extenso panorama le compensaba con creces de aquella desnudez.

Hacia el mediodía, cuando el aire se ponía transparente, podíase abrazar con la mirada el istmo entero hasta el océano Pacífico, cubierto de exuberante vegetación, de suerte que le parecía a Skawinski contemplar un inmenso jardín. Frondosas palmas de cocotero y gigantescos bananos formaban alrededor de las casas de Aspinwal espesos y maravillosos ramilletes; más allá, entre Aspinwal y Pananá, había un bosque dilatadísimo, envuelto mañana y tarde en una neblina rojiza; verdadera selva tropical, con sus aguas pantanosas, sus palmeras gigantescas, sus corpulentos cocoteros, gomeros, cactos y otros árboles ecuatoriales.

Con su anteojo podía distinguir el viejo no sólo los troncos y las anchas hojas de los bananeros, sino tam-

bién piaras enteras de monos, bandadas de marabúes y de cotorras, que de vez en cuando se subían, cual nube multicolor, a las copas de los árboles. Ya conocía Skawinski aquellos bosques, porque, después de su naufragio en el Amazonas, había errado semanas enteras por grutas y espesuras semejantes, y sabía muy bien los peligros que se ocultan bajo su risueño aspecto. ¡Cuántas veces había oído junto a él, durante la noche, la voz sepulcral de la hiena y el aullido del jaguar! ¡Cuántas veces había visto gigantescas serpientes balancearse, cual trenzas de hierbas trepadoras, en las ramas de los árboles! Estaba familiarizado ya con aquellos estanques encantados, en cuyo fondo se agitaban caimanes y cocodrilos; sabía en medio de qué asechanzas vive el hombre en aquellas intrincadas espesuras, donde los mosquitos y los cínifes, ávidos de sangre, las sanguijuelas y las arañas venenosas viven a millones. Todo lo había aprendido a expensas suyas, todo lo había probado a costa de sufrimientos, y por esto era para él un delicioso placer contemplar desde lo alto aquellos «matos» y admirar su belleza, lejos de sus peligros y traiciones. La torre le protegía de todo mal.

Por eso raras veces la dejaba. El domingo por la mañana solía bajar a la ciudad. Poníase entonces su uniforme de torrero, que era azul marino con botones plateados; adornábase el pecho con sus condecoraciones, y levantaba la cabeza, cubierta de nieve, con cierto orgullo, cuando al salir de la iglesia oía decir a los criollos:

-Tenemos un buen torrero, y por más que sea yanqui, no por esto es un ateo.



Inmediatamente después de la misa regresaba a su islote; sentíase feliz al entrar en él, porque todavía no había podido recobrar su confianza en la tierra firme.

Los domingos Skawinski leía un periódico español, que solía comprar en la ciudad, y el *Heraldo de Nueva York*, que *míster* Folcombridge le prestaba; y en aquellas publicaciones buscaba con avidez noticias de Europa. ¡Pobre viejo corazón que allí, encima de aquel faro, en el otro hemisferio, latía siempre por la patria!... A veces bajaba de la torre cuando la barca le desembarcaba las previsiones, y echaba unos párrafos con John, el guardián del puerto.

Pero, a pesar de todo, empezó a volverse jíbaro; interrumpió sus idas a la ciudad, dejó de leer los periódicos, cesó de conversar de política con John, y así transcurrieron unas semanas, durante las cuales no vio a nadie y de nadie fue visto. La única prueba de que el viejo torrero seguía vivo estaba en que la comida desaparecía de la roca donde la colocaban y que la luz del faro lanzaba cada noche sus destellos con la misma regularidad con que en estas regiones sale el Sol cada mañana de lo profundo del mar.

El mundo llegó a serle completamente indiferente, y no a causa de la nostalgia, pues hasta este sentimiento habíase trocado en él en resignación, sino porque el islote constituía todo su mundo; y acostumbrado a pensar que no había de abandonar el faro sino después de muerto, todo recuerdo del mundo exterior se había borrado fácilmente de su memoria.

Por añadidura habíase vuelto místico. Sus suavísimos

ojos azules tenían una expresión infantil y miraban pensativos y fijos en la incierta lejanía. En su continua clausura, en medio de aquellas simplicidad y de aquella grandiosidad que por todas partes le rodeaban, perdió el viejo poco a poco la conciencia de su propia personalidad; cesó de considerarse como un individuo, y acabó por identificarse con cuanto veía a su alrededor, sin profundizar en ello, sintiéndolo inconscientemente. Así, llegó finalmente a imaginar que el cielo, el agua, su arrecife, el faro, los áureos bancos de arena, las velas desplegadas, las gaviotas, el flujo y el reflujo constituían una gran unidad, un alma gigantesca y misteriosa; alma que sintió llena de vida bonancible y en la que se dejó mecer, olvidando todo lo demás. Anegose el viejo en el misterio de aquella alma y en el anonadamiento de su propio ser; en aquel estado de semivigilia y de semisueño encontró una quietud y una paz tan grandes, que se asemejaban mucho ya a las que deben reinar en la antesala de la muerte.

Ш

El despertar llegó, sin embargo.

Un día, al recoger las provisiones que la barca le dejara en la roca una hora antes, encontró Skawinski con ellas un paquete franqueado con sellos de los Estados Unidos, y que llevaba escrito, sobre la gruesa tela encerada, con caracteres muy claros, el nombre «Skawinski Eso». Abrió, lleno de curiosidad, el paquete y vio que conte-

nía libros. Cogió uno, observolo, y luego con mano trémula, volvió a ponerlo con los otros, cerrando los ojos, cual si no diera crédito a su propia mirada. ¡Un libro polaco! ¿Qué significaba aquello? ¿Quién se lo podía haber expedido? Ya no recordaba que en los primeros tiempos de su empleo de torrero había leído en el Heraldo que se había formado recientemente en Nueva York una sociedad polaca, a la cual había mandado la mitad de sus honorarios mensuales; allá, en la torre, poco apego le tenía al dinero. Ahora la sociedad le significaba su gratitud enviándole aquellos libros. Llegábanle éstos, de consiguiente, por un conducto muy natural; pero de momento no podía el viejo atinar en ello. ¡Libros polacos en Aspinwal!, ¡en aquella solitaria torre!... Era una cosa extraordinaria, una ráfaga de remotos tiempos, un milagro. Parecíale sentir, como los marineros en las noches tormentosas, una querida voz casi olvidada que le llamaba por su nombre.

Permaneció sentado unos instantes con los ojos cerrados, cual si temiese que al abrirlos habíase de desvanecer su ilusión. Pero no; el paquete estaba allí deshecho, y en él, iluminado por los rayos del sol de la tarde, el libro abierto. Cuando el viejo tendió las manos sintió en aquel silencio los latidos de su corazón; miró el libro: eran versos. En gruesos caracteres estaba escrito el título de la obra, y más abajo el nombre del poeta; nombre bien conocido de Skawinski, pues había leído sus obras en París, allá por los años que siguieron al año 30. Más tarde, durante el tiempo que pasó en las guerras de Argelia y de España, había oído hablar a sus

compatriotas de la gloria siempre creciente del excelso poeta; pero entonces se había acostumbrado de tal modo al manejo de los fusiles, que ya sus manos no sabían coger un libro.

En 1849 marchó a América, y en el transcurso de su vida trashumante raras veces había encontrado a polacos, ni había tenido ocasión de leer libro alguno escrito en la lengua de su país. Por eso ahora, al volver con mano trémula y saltándole el corazón la primera hoja de aquel libro, parecíale que en su islote desierto iba a suceder algo muy solemne. Todo era calma y silencio a su alrededor; los relojes de Aspinwal acababan de dar las cinco; el cielo era límpido, sin una nube que lo empañara; sólo en lontananza unas gaviotas blancas se destacaban en el azulado espacio; el inmenso Océano se mecía mansamente; las olas apenas murmuraban al besar la playa, y en el fondo, las casas de Aspinwal, con sus espléndidos ramilletes de palmeras, sonreían... Todo era solemne, apacible y grave.

De pronto, en medio de la paz de la Naturaleza, resonó la temblorosa voz del viejo, que leía en alta voz para comprender mejor:

¡Eres la salud, oh patria, oh Lituania mía!
Sólo aquel que te pierde conoce tu valor;
hoy contemplo tu hermosura en todo su esplendor,
y la canto, porque, sedienta, corre hacia ti mi fantasía...

Faltole a Skawinski el aliento; empezaron las letras a tambalearse ante sus ojos; sentía que una cosa le su-

bía desde el corazón a borbollones hasta la garganta, aprisionándole la voz... Pasó un instante, hizo un gran esfuerzo sobre sí mismo y prosiguió:

¡Oh Virgen santa que defiendes la luminosa Czestochowa
y que brillas en el portal de Ostra! ¡Tú, que el castillo
Nowogrodek proteges con su pueblo fiel!
Así como, por milagro, me devolviste un día, siendo niño, la salud
(cuando, puesto bajo tu protección por mi desconsolada madre,
pude alzar de nuevo mis párpados sin vida
y andar luego, a pie, hacia el umbral de tus santuarios
a darle gracias a Dios por la vida recobrada),
así también, por milagro, condúcenos al patrio hogar...

Imposible fue al anciano dominar su emoción; lanzó un grito y se arrojó al suelo, y sus cabellos de nieve se confundieron con la arena de la playa. Cuarenta años habían transcurrido desde el día que vio su tierra por postrera vez, y sólo Dios sabe cuánto tiempo hacía que no había oído su lengua. ¡Y ahora la lengua materna llegaba por sí sola hasta él, surcando el Océano, buscando al solitario hasta el otro hemisferio! ¡Oh querida, adorada, hermosa lengua!

Los sollozos que agitaban el pecho del viejo polaco no eran fruto de su dolor, sino de un amor inmenso, repentinamente despertado, al lado del cual todo otro sentimiento desaparece... Con su llanto violento Skawinski imploraba perdón a la querida, a la lejana patria por haberse vuelto tan viejo y haberse identificado de tal suerte con su peñasco que todo lo demás había desapa-

recido de su corazón, y que hasta la añoranza había estado a punto de desvanecerse por completo. ¡Y hete ahí que ahora, «por milagro», sentíase también conducido al «patrio hogar»!

Los minutos pasaban uno tras otro, y el viejo permanecía allí, tendido en la playa, inmóvil.

Revoloteaban las gaviotas alrededor del faro, lanzando de vez en cuando fuertes chillidos, cual si se sintieran inquietas por la suerte de su viejo amigo. Era la hora en que el torrero solía distribuir a aquellas aves los restos de su comida, y algunas de ellas bajaron de lo alto de la torre hasta la playa; otras bajaron luego, y otras, y otras, y empezaron a picotearlo ligeramente, batiendo sus blancas alas por encima de su cabeza, hasta que, por último, le despertaron.

Después de aquellas abundantes lágrimas, invadió al viejo como una ola de sosiego y de serenidad; sus pupilas brillaban de inspiración; echó a las gaviotas toda su comida, y mientras éstas se precipitaban sobre el espléndido banquete, armando gran batahola, volvió a su lectura.

Desaparecía ya el Sol detrás de los jardines y de las selvas vírgenes de Panamá, y lentamente, lentamente se iba hundiendo más allá del istmo, en el otro Océano; pero mostrábase todavía el Atlántico lleno de esplendor. La luz era clara todavía, y Skawinski continuaba leyendo:

Y mientras tanto, lleva mi alma, llena de añoranza, hacia las umbrosas colinas, hacia las verdes praderas...

El crepúsculo anubló los caracteres; un crepúsculo breve que terminó en un decir Jesús. Apoyó el anciano su cabeza en la roca y cerró los ojos; y entonces «Aquella que defiende la luminosa Czestochowa» cogió su alma y la transportó a «aquellos campos pintados de trigos multicolores».

Unas fajas rosadas y áureas centellean aún, cual llamas en el cielo, y a la luz de aquellas antorchas vuela la fantasía hacia los lugares queridos; oye el susurro de los pinos, el murmullo de los ríos patrios; todo, todo lo ve como en otros tiempos lo veía; todo le pregunta: «¿Te acuerdas?»

¡Sí, se acuerda! Ve ante sí los campos dilatados, las praderas, los bosques, los villorrios...

Llegó la noche. A estas horas el faro acostumbraba a iluminar ya las lobregueces de las aguas; pero hoy el torrero se encuentra en el pueblo natal. Con la cabeza senil inclinada sobre el pecho sueña, y las más diversas imágenes pasan rápidas y confusas por su espíritu. No le es posible contemplar el viejo caserón donde nació, porque lo arrasó la guerra; tampoco puede ver al padre ni a la madre, a quienes prematuramente segó la muerte; pero distingue muy bien la aldea, cual si ayer mismo la hubiese dejado: la hilera de chozas, las ventanas iluminadas, el canal, el molino, los dos estanques, uno frente al otro, en los que de noche croan a coro las ranas. Precisamente una noche, cuando era ulano, estuvo de centinela en su pueblo natal, y este recuerdo se le presenta ahora de repente, en medio de los otros: está de guardia; la hostería le manda desde lejos miradas

inflamadas; llegan hasta él, a través de la noche apacible, el pataleo de los bailadores, el son de los violines y de los contrabajos. ¡U-ha! ¡U-ha! Son los ulanos beodos, que al bailar golpean el suelo con los tacones, mientras el centinela se aburre, solo, entre tinieblas.

Las horas transcurren lentamente; poco a poco toda claridad se desvanece; hasta donde alcanza la mirada no se columbra más que niebla, niebla impenetrable; de los prados sube un vapor espeso que todo lo va envolviendo en una nube blanquecina; diríase un océano de verdad... A no tardar, el rey de las codornices hará oír su voz en las tinieblas, y el alcaraván, metido entre los juncos, lanzará su estridente silbido. ¡Es la noche bonancible, pero fría; una verdadera noche de Polonia! En lontananza el bosque de pinos susurra sin viento... como las olas del mar.

Pronto la aurora iluminará el horizonte; cantan los gallos detrás de las empalizadas, haciendo cundir sus voces de choza en choza, y también las grullas lanzan por los aires sus chirridos.

¡Y el centinela ulano se siente tan feliz, tan esforzado! Se ha dicho que mañana había de librarse una batalla. ¡Adelante! No dejará él de ir, como los demás, en medio del estruendo de las armas y el ondear de las banderas. ¡Adelante! Su sangre moza vibra como una trompeta guerrera, a pesar del helado soplo de la noche. Las tinieblas palidecen; de entre la sombra surgen los bosques, los zarzales, la hilera de chozas, el molino, los álamos; despunta la aurora.

¡Qué hermosa es la querida, la adorada patria bajo el

rosado esplendor del sol matinal! ¡Ah hermosa, hermosa entre todas!

¡Silencio! El centinela escucha; alguien se acerca...; ¿es el relevo?

De pronto, una voz resuena junto a Skawinski:

-¡Hola, viejo, levantaos! ¿Qué os pasa?

Abrió el viejo los ojos y miró al que estaba allí con él; en su cerebro luchaban las últimas imágenes del sueño con la realidad; pero poco a poco las visiones se esfumaron y desaparecieron por completo. John, el guardián del puerto, estaba delante de él.

-¿Qué sucede? -preguntó John-; ¿está usted malo? -No

-No ha encendido usted el faro, y ha de abandonar inmediatamente el servicio. La barca que viene de San Germo se ha deshecho sobre un banco de arena, y suerte que no se ha ahogado ningún tripulante, porque, de lo contrario, tendría usted que comparecer ante los tribunales. Baje usted conmigo; el cónsul le informará de todo lo demás.

El viejo se puso lívido: ¡era verdad, no había encendido el faro!

Unos días después hallábase Skawinski a bordo del vapor que sale de Aspinwal con rumbo a Nueva York. El desgraciado había perdido su empleo, y otra vez la vida trashumante se le presentaba ante los ojos. El viento había vuelto a tomar por su cuenta aquella hoja seca para arrastrarla de nuevo por los mares y por los continentes, continuando su juego burlón y cruel.

Durante aquellos pocos días habíase operado en el vie-

jo un cambio sorprendente. Iba muy encorvado, y sólo sus ojos conservaban un brillo singular. Para emprender el nuevo viaje habíase buscado un compañero: era su librito, que llevaba constantemente apretado contra el pecho y que de vez en cuando tocaba con los dedos, cual si le atormentara la idea de que algún día pudiera desaparecerle.



www.goldenbookhotels.it



© 2015 NIKE EDIZIONI

Tutti i diritti riservati. Vietata qualsiasi duplicazione del presente ebook.